

8760

Polder.



PÓLDER.

ó

EL VERDUGO DE AMSTERDAM.

DRAMA NUEVO EN TRES ACTOS.

POR EL AUTOR

DE LA VIDA DE UN JUGADOR.



MADRID.

IMPRENTA DE TAIXONERA.

—
1844.

PERSONAS.

EL CONDE DE ASENFELD, gran pensionario de Holanda.

EL BARON DE ESTÉVEN.

PÓLDER, bajo el nombre de Vanrich, hijo del verdugo de Amsterdam.

FEDÉRICO DE ESTÉVEN, hijo del Baron.

VANDECH, auditor que acompaña al Conde.

MÜLLER, síndico mayor de la Isla de Voorn.

DIRMAN, criado antiguo de Pólder.

ESLOP, marinero.

GUILLERMO, criado de Müller.

ISELA, hija de Pólder.

CATALINA, ama de leche de Isela.

Un criado del Baron.

Regidores de la Ciudad de Brille, capital de la Isla.

Calafates, marineros, paisanos, soldados, criados.

La escena pasa en Holanda en la Isla de Voorn.

PÓLDER,

O

EL VERDUGO

DE AMSTERDAM.

Dràma en tres actos.

ACTO PRIMERO.

El teatro representa un salon de la casa de Pólder, en que acostumbran reunirse en las horas de comer los carpinteros, calafates, y demás operarios de una fabrica de construccion naval. En el fondo hay una puerta muy espaciosa, por la cual se descubren, cuando está abierta, un patio, varios almacenes, y otros edificios cubiertos de nieve.

ESCENA PRIMERA.

Catalina, multitud de operarios de todas edades y sexos. (a)

Al levantarse el telon se presenta el cuadro animado de una fiesta holandesa por el estilo de las pinturas de

(a) Los actores deberán estar en cada escena por el orden con que se les nombra. Cuando se habla de derecha é izquierda, se entiende de los espectadores.

Teniers. Unos comen y beben, otros juegan, otros bailan, y en fin habrá varios grupos, y entre ellos, especialmente en primer término, algunos personajes grotescos, como los que solia idear aquel pintor.

Entre aquella confusion se ve á Catalina que acude á todos los grupos llenando los vasos, acariciando de paso á los niños, y atendiendo à que nada falte.

Se oyen dentro à poco rato voces de alegria, y entra Eslop muy presuroso, envuelto en un capote burdo, y lleno de nieve, y asi que está en la escena se lo quita y lo sacude.

ESCENA II.

Los mismos, Eslop, Catalina, varios marineros.

Catal. Hola, que es Eslop! Bien venido sea el mas intrépido de nuestros marineros!

Eslop. Buenos dias, señora Catalina. Cáspita! qué frío hace!.... Camaradas. Dios guarde á la buena gente..... Venga un trago de ginebra, que mi estómago está hecho un caràmbano.... A ver: venga otra gota.... Ah! ah! Esto si que refocila!.... Como que vengo del puerto en este instante....

Catal. Y qué tal? Vendrán por acá los marineros?

Eslop. Qué sí vendrán, eh? y bien pronto. Cómo habian de faltar habiendo ido yo mismo á convidarlos en persona, y mas siendo de parte del señor Vanrik nuestro amo querido?... Camaradas, les dije yo, hoy es dia de fiesta y regocijo para todo el mundo en celebridad de vuestra llegada. Hoy no se dá en el arsenal un solo polpe. Venga todo viviente á beber, á bailar y á divertirse á casa del animoso Dik nuestro contraamaestre. A fe que no fue necesario repetírselo: al instante se calzaron los patines para llegar mas pronto por el canal que está mas liso que un espejo. Oís que gresca traen? Pronto: jamon y cerveza larga, que esta es gente de buen apetito.

Todos. Ya están aqui: ya llegan. (entran los marineros sacudiendo la nieve de sus gorros.)

Catal. Bien venidos.

Eslop. Vamos, boto á brios! vamos ligeros á beber á la salud de nuestro patron, del bienhechor de los pobres, de la providencia visible de esta isla.

Todos. Sí, sí: bebamos á la salud del señor Vanrik: todos á una. (*beben y dan un golpe en la mesa con los vasos.*)

Eslop. A Dios! Estos malditos van á hacer pedazos las copas.

Catal. Si, si, hijos míos; bebed y comed cuanto quisierois. El amo desea que se regale y divierta todo el mundo á tiente bonete, y nada le recrea tanto como ver reinar entre vosotros la abundancia y la alegría.

Eslop. Pero qué vista tan magnífica la de nuestra flota al entrar en el puerto! Aquella si que era vista. Velas al viento, palos empavesados, la música al frente, y los mariueros en lo alto de las cofas, como una bandada de cuervos en el chapitel de un campanario. Y yo, señora Catalina, yo era el que iba mandando la maniobra desde mi goleta; aquella á que vos teneis tanto cariño porque se llama Iscla, como la hija de nuestro buen amo. Era un gusto verla correr: seis millas por hora á pesar del frio y de la nieve.... lo mismo que cuando yo corto el heilo con los patines..... Sii! sii! No hay otra mas velera, no digo en la isla de Voorn, sino en toda Holanda. Y pensar que una flota tan brillante es del señor Vanrich, es cosa que aturde. Veinte buques que no se pagan con veinte pipas de oro! Eso es lo que se llama ser rico un hombre.

Catal. Lo que has de decir es que todos sois ricos desde que la divina providencia le trajo á la isla de Voorn, cuya miseria era tan grande, que toda su marina estaba reducida á un centenar de pescadores. Y ahora que diferencia! Como que no parece el mismo pais. Talleres soberbios, enjambres de operarios, máquinas y almaces en todas partes, y miseria en ninguna. A fe que nadie lo sabe mejor que vosotros. Si á cualquiera le sucede algun trabajo, si una familia honrada tiene un contra-tiempo, si se quedan huérfanas algunas criaturassi pierde colocacion una doncella por falta de dote, si una infeliz viuda se ve sin amparo, al instante acude el señor Van-

rinchá enjugar sus lágrimas. Pues no digo nada, su hija la señorita Isela; ¿como su hija? mia, que la he criado á mis pechos, y lo tengo á mucha vanagloria. Aquella si que tiene caridad. Seguro está que se le pase por alto la menor desgracia que ocurre en el país. Donde está ella, no consiente que nadie se aflija ni sufra trabajos. Y he aqui por que Dios los favorece tanto á los dos, y por que debemos tributarle gracias nosotros á todas horas.

Eslop. Es mucha verdad, señora Catalina, y vos sois una muger como hay pocas en el mundo. No hay remedio: voy á daros un abrazo, solo por lo que á cabais de decir.
(*la abraza.*)

Catal. No, no, eso de juegos de manos no me acomoda. Estaos quieto, *Eslop.*

Eslop. No seais melindrosa. En un dia de funcion todo pasa. ¿Sabeis que aun está de buen parecer la señora Catalina? (*se rien todos.*)

Catal. Ya os digo que os esteis quieto. Lo primero que encarga el amo es que haya juicio. Asi que llegue, ya le plantaré yo como se cumplen sus órdenes.

Eslop. (*conteniéndose y quitándose el gorro.*) Eso es otra cosa. Si os formalizais, se acabó todo, señora Catalina: cuando media el respeto del amo nunca se dirá que *Eslop...*

ESCENA III.

Eslop. *Dirman, Catalina, operarios, marineros.*

Dirman. Gran noticia, amigos!

Todos. Bien venido, señor *Dirman.*

Dirman. Gran noticia! El señor *Vanrich* y la señorita vienen á visitaros.

Todos. Tanto honor!

Eslop. Poco à poco, camaradas: es menester pensar en lo que hemos de hacer para recibirlos dignamente. Voto á brios. Ah! esta es buena idea. Vamos á cantar aquella letra que compuso el hijo del baron de *Estéven* en los dias del amo?

Uno. Es aquella en que va refiriendo una por una las acciones generosas del señor *Vanrich*?

slop. La misma. La sabeis de memoria ?

o. No se mas que aquella primera copla.. deja .que dice .

slop. Hombre, yo te enseñaré el estrivillo, y todos lo
vireis repitiendo en coro. Las coplas yo las cantaré una
por una.

atal. Tarde lo habeis pensado, amigos. Dejadlo para otra
vez que ya están aqui. (*Al verles entrar se alborotan
todos, y subiéndose sobre las mesas y las sillas tiran por
alto los gorros gritando.*)

odos. Aquí están ya, aquí están. Viva el señor Vanrich!
Viva la señorita Isela!

ESCENA IV.

slop, Dirman, Catalina, Polder, Isela, Calafates, mari-
neros.

older. (*entrando.*) No tanto, amigos; no tanto por Dios.
La estimacion y el aprecio que me manifestais los agrada-
dezo en el alma; pero esas demostraciones tan escesivas
no corresponden à lo que he hecho por vosotros, y me
confunden por poco merecidas.

odos. Viva el señor Vanrich !

slop. ¿Poco merecidas, siendo nuestro padre, nuestro
bienhechor, nuestro....

older. ¿No es justo que reparta con vosotros las riquezas
que adquiero por vuestra actividad y fatiga? Yo no hago
otra cosa, hijos mios, que dirigir vuestro trabajo, y à es-
to se reduce mi mèrito. Gracias à vuestros afanes, he-
mos dado à la patria una nueva ciudad comerciante é
industrial, haciéndonos por lo mismo ciudadanos útiles
al estado; y en esta noble empresa que el cielo se ha
dignado proteger, no aspiro à mas gloria, ni à mayores
alabanzas que las que se deben à cualquiera de vosotros
(*Se agolpan al rededor de él à besarle las manos y el
vestido.*) Qué es lo que haceis, amigos? Mi corazon no
puede con tan estremadas demostraciones (*aparte.*) Soy
yo, yo mismo el objeto de tales rendimientos? *Se queda
como cortado, y cubriéndose la cara con ambas manos.
Los demas se contienen, y le miran inmóviles.*)

Is. (con inquietud.) Qué teneis, padre mio? Estais indispuesto
Polder. No, hija, no es nada. Efecto de la conmocion.
(Se vuelve hácia los operarios recobrando su calma precedente.) Hija, la feliz llegada de la flota, que me tra maderas de coustruccion, nos proporcionará nuevas riquezas, asegurándonos trabajo seguro para la estacion inmediata. En celebridad de tan próspero suceso, os permito que estos tres dias los paseis en continúa fiesta y regocijo.

Todos. Viva!

Polder. El jornal de todos los operarios será doble, mientras dure el invierno. Los marineros tendrán una gratificacion.

Todos. Viva el señor Vanrich!

Isela. (en voz baja.) Catalina, ha venido el señor Federico?

Catal. No.

Isela. Y su padre?

Catal. Tampoco ha parecido aun el señor Baron; pero no tardarán en venir. *(En voz mas baja.)* Cómo han de tardar siendo tanto el cariño que os tienen? *(oyéanse dentro panderetas y otros instrumentos vulgares: todos van hácia la puerta, cuando llega y se detiene en ella un trineo conducido por algunos jóvenes.)*

ESCENA V.

Los mismos, el Baron, Dirman.

(Dirman, que habia entrado, vuelve á salir á la escena sonriéndose; el Baron saliendo tambien sin ser visto, se sienta entre la bulla á la derecha.)

Polder. Qué hay de bueno, Dirman?

Dirman. Señor, vengo encargado de una embajada importantísima, de que á la verdad quisiera salir airoso. Los marineros del puerto y los pescadores de la isla en celebridad del feliz arribo de sus camaradas van á correr patines al canal. En mis tiempos era yo de los mas famosos en este egercicio, y aun en el dia de hoy me las apuesto con cualquiera.

Eslop. Por Dios, señor Dirman.

Dirman. Lo dicho, señor Eslop, y si llega el caso quizá os quedareis atrás. Sea como quiera, ella es una diversion de las mayores, y está acordado que se dé un premio al que sobresalga en ella. La gloria de ganarle subiria de punto, si permitierais que el vencedor le recibiese de mano de la señorita Isela. Esta es mi comision. (*varios marineros que están á la parte de afuera' saludan con algazara á Polder y á su hija.*)

Polder. Amigos, mi hija agradece mucho el obsequio que la haceis con vuestra peticion, y yo la otorgo con el mayor gusto.

Dirman. Ya está listo el trineo para llevar á la señorita, y estos marineros formarán su escolta.

Isela. No venís, padre mio?

Polder. Tal vez daré luego una vuelta por allá: entretanto te acompañará Catalina.

Catal. Muy bien, señor.

Polder. Toma, hija mia, agrega este bolsillo al premio que tuviesen acordado. (*Le da un bolsillo.*) Dirman, cuida mientras ellos se divierten, á dar una vuelta por las chozas, y distribuye entre los pobres un buen socorro para que tengan parte en la alegría general.

(*le dà dinero.*)

Dirman. Antes de una hora estaré aqui, pues como ya esperaba que me hicieseis este encargo, vine prevenido de baston y sombrero. (*enseña el sombrero y el baston.*)

Isela. Cuan envanecida estoy de ser hija vuestra!

Polder. Id con Dios, amigos. (*da un beso á su hija.*)

Todos. Ea, vamos. (*éntranse todos: Pólder se sienta á la boca del teatro. Al tiempo de irse Isela, repara en el Baron, y quiere volverse atrás para decirselo á su padre, pero el Baron la contiene por señas dándola á entender que desea quedarse solo con él; la lleva de la mano hasta el trineo, y se queda un instante al umbral de la puerta*.)

ESCENA VI.

Polder, el Baron.

Polder. No hay nadie que no me crea feliz; todos envidian mi suerte, y hasta mi hija se gloria de tenerme por padre. Pobre criatura! De que podrán servirte las riquezas, el amor, y aun la adoracion que te sigue por todas partes? Ay, infeliz! tu destino no puede ser otro que vivir perpétuamente aislada y sola en medio de la sociedad. Si alguno prendado de tus gracias, y de tus virtudes se presentare á pedirme tu mano..., gran Dios!... cual pudiera ser mi respuesta?... Qué desgraciado soy!

Baron. (aparte.) No tengo paciencia para mas: cuanto acabo de oír y de ver acaba de decidirme, y justifica mi determinacion. Solos estamos: espliquémonos de una vez. *(se acerca á Polder, y le da una palmada en el hombro.)* Felices dias, apreciable amigo.

Polder. (levantándose.) Señor Baron!., Tengo á mucho honor vuestra visita, pero no es decente recibiros aqui. Si teneis la bondad de pasar adelante....

Baron. Para qué, amado Vanrich? Estamos perfectamente, y ya sabeis que gusto poco de etiquetas. Mi intencion es ablaros á solas cuatro palabras: no hay nadie, y quiero aprovechar la ocasion.

Polder. (aparte é inquieto.) Qué tendrá que decirme?

Baron. Amigo mio, ha muchos dias que estoy rumiando un proyecto, y vengo resuelto á comunicárosle ahora mismo. Soy rico, ya lo sabeis, pero riquezas hereditarias, que cuesta poco adquirir, no deben dar vanidad á nadie. Soy senador, y diputado de los estados generales; pero amigo, he leído á Séneca, tengo mis visos de filósofo, y veo que estos honores son efecto de una feliz casualidad. En vos serian mas bien merecidos, y si vuestra suma modestia no lo impidiese, la Holanda toda se complaceria en concedéroslos, porque es infinito lo que habeis hecho por ella, y yo, á la verdad, muy poca cosa.

Polder. Qué estais diciendo, señor Baron? Honores á mi? De ningun modo. Si tomais algun interes por mi ventu-

ra, no os pase por la imaginacion semejante idea. Mi felicidad consiste en vivir oscuro: toda especie de celebracion está en contradiccion con el reposo á que aspiro.

Baron. Pues hay acaso en toda la isla quien no celebre ver dignamente remunerado vuestro mérito? A escepcion de Müller, nuestro primer síndico, que envidioso de vuestras prosperidades se ha declarado vuestro enemigo, todos á una voz aplaudirian que el gobierno os gallardonase con distinciones...

Polder. Por Dios, no prosigais: hacedme ese favor.

Baron. Está bien, querido Vanrich; pero ya que os cuesta tanta repugnancia oir vuestros elogios, espero que escuchéis con mas agrado los que siempre suenan bien en los oidos de un padre. Sí, amigo mio, no son vuestras virtudes el único tesoro con que os ha enriquecido el cielo, pues os ha dado ademas una hija, cuyas gracias y prendas inapreciables han inspirado una pasion tan vehemente como legítima, de que no tendreis noticia.

Pöld. Una pasion?... qué es lo que decís?

Baron. No teneis por que asustaros: el sugeto en quien la preciosa Isela egerce tan dulce imperio, es muy digno de su mano, y tengo sobrados motivos para creer que no le hace menos honor el enlace que solicito, que la cordura y el tino con que ha sabido elegir.

Polder. Perdonad que desde ahora rehuse toda propuesta de esa clase, aun cuando proceda del sugeto á quien profeso la estimacion y el respeto mas profundo.

Baron. Y cuál es la causa?

Polder. La causa... es porque no teniendo mas que una hija, en quien se cifra toda mi ventura, deseo tenerla siempre á mi lado, y me estremece el imaginar que pudiera ser preciso separarme de ella.

Baron. Si no es mas que eso, amigo mio, estamos muy conformes en ideas. Mi ternura no es menos esclusiva que la vuestra, y aunque no niego que en este modo de pensar entra una buena dosis de egoismo, es materia en que merece excusa. Me hallo en el mismo caso que vos, querido Vanrich; tampoco yo tengo mas que un hijo, obgeto de mis delicias, y de todas mis esperanzas. Sabed, pues, que este hijo, mi amado Federico es el que está prendado de

La incomparable Isela, y yo quien vengo á proponer con el mayor placer que formemos una sola familia. Enlazando así á las dos personas que tanto amamos, vista de su felicidad acrecentará la nuestra. Puede ser que algunos lo censuren, pero á mi me parece es el mejor pensamiento.

Polder. Vuestro hijo... (*aparte.*) Cielo santo!

Baron. Ya veis que es un jóven que goza de cierta consideracion en el estado: el Estatouder le tiene particular afecto, y puedo aseguraros con toda verdad que haré carrera.

Polder. No niego que favorecido de la suerte he llegado á adquirir caudales muy superiores á mi ambicion; pero semejante prosperidad no ha podido envanecerme hasta el punto de desear salir de mi esfera. Vos no reparais en la enorme distancia que no separa, mas yo no la desconozco: vos sois un ilustre caballero, y yo no paso de un humilde trabajador... No, señor Baron; el enlace que me ofreceis, es imposible, y por respeto no puedo aceptar la propuesta.

Baron. De veras no la aceptais?... pues amigo lo siento en el alma, pero ese es un exceso de delicadeza que yo sabré vencer con el tiempo. Cometeis la injusticia de ensalzar desmedidamente mi nobleza, y deprimir vuestro mérito. Creed que unos servicios de la calidad de los vuestros, bastán para ennoblecer al hombre mas oscuro, y ahora mismo acabo de oír calificar vuestra persona por medio del clamor y de las bendiciones de este pueblo, que os debe la industria, la abundancia y la felicidad de que goza. En vuestra patria, Vanrich, las leyes dan honor al comercio que es la fuente de su prosperidad, y los señores de la corte no están tan obcecados por su calidad, que se desdeñan de admitir en su familia á un negociante.

Pólder. No todos piensan así señor Baron; vuestra parentela es muy poderosa, y pudiera haber quien llevase á mal....

Baron. Ya la he dado parte de mis designios, y merecen su aprobacion.

Pólder. Isela ha recibido una educacion tan llana.... nuestro tenor de vida es tan moderado....

aron. Cabalmente es eso lo que realza su mérito à mis ojos. En fin mi hija la adora; estoy seguro de que ella le corresponde, y por lo que á mi toca os considero un igual mío. Me parece que no tendreis que oponer el menor reparo.

Pòlder. (aparte.) Soy perdido.

aron. Con que?... En qué quedamos?

Pòlder. (aparte) No sé que contestar.

aron. Qué silencio es ese?

Pòlder. Es una prueba de mi respeto; pero repito que semejante matrimonio es imposible.

aron. Imposible?... pues señor, por ahora no trato de insistir en ello, pero no creais que admito vuestra repulsa. Quiero que os tomeis tiempo, y lo consulteis con la almohada, ó por mejor decir con vuestra hija, persuadido de que la elocuencia de su corazon inocente y apasionado, tendrá en vuestro ánimo mayor eficacia que mis reflexiones....

Pòlder. (aparte.) Será cierto que ella?... (gritos fuera.)
Qué ruido es ese?

aron. Se oyen gritos, que al parecer....

Pòlder. Es la voz de mi hija!.... Corramos.

ESCENA VII.

El Baron, Vandech, Pòlder, Isela, Catalina.

Isela. (corriendo del foro despavorida). Padre, padre!....

Pòlder. (recibiéndola en los brazos). Hija mia!....

aron. Que tenéis? De quien huis? (Vandech sale corriendo tras ella, y al ver al Baron y á Pòlder se detiene sorprendido y cortado).

aron. Que veo!

Pòlder. Quién es ese forastero?

aron. (á Vandech.) Con que derecho os atrevéis á perseguir á esta señorita? Quien os ha dado la libertad para entrar de este modo en la casa de su mismo padre?

Pòlder. De su padre? (Mira á Pòlder, y dá algunos pasos atrás como aterrado.) Cielos! (Desde este momento, no aparta la vista de Pòlder.)

Baron. Quiero saber que violencia es esta, señor mio; espero que me respondais sin tardanza. Quién sois?

Póld. Yo no he menester saber su calidad ni su nombre: basta que haya tenido atrevimiento de insultar á mi hijo.

Isela. No: en esa parte puedo asegurar á usted....

Vand. (aparte): Es el mismo: no hay duda.

Baron. Repito que respondais inmediatamente, ó de lo contrario voy á disponer....

Vand. Señores, tenéis razon de incomodaros: conozco que mi inconsideracion me espone justísimamente á vuestras sospechas; pero os ruego que no me condeneis sin oirme. Apenas llegué á la playa, quando ví entre aquella multitud de gentes á una señorita, cuya belleza me llevaba tras sí la atencion del concurso. La curiosidad me obliga á acercarme, y creo conocerla....

Baron. Vos?

Póld. A mi hija?

Vand. Tened la bondad de oirme. Era una equivocacion engañado por cierta semejanza, me puse á seguirla con el fin de cerciorarme. Esta señorita, empezó á huir de mí como asustada, y yo la seguí sin otro objeto que descubrir su sobresalto, y ofrecerle mi proteccion y servicio.

Póld. Es eso verdad?

Isel. Sí padre mio: eso es lo que ha pasado.

Póld. Está muy bien: retiraos quando gustéis: no necesito otro testimonio que la palabra de mi hija.

Vand. Permitidme añadir que he venido en compañía del conde de Asensfeld.

Baron. Como? Del gran pensionario de Holanda?

Vand. Acaba de llegar conmigo á esta isla habrá medi hora.

Baron. Con que el conde de Asensfeld ha llegado? Vendrá sin duda á recorrer la comarca? Sois vos acaso el auditor Vandech, que viene en su compañía y dicen que es muy jóven?

Vand. Muy servidor vuestro, y aun pudiera añadir que soy vuestro compatriota como pariente muy cercano del caballero Müller primer síndico de esta ciudad.

Póld. Pariente de Müller?

Vand. Creo, señores, que sabiendo quien soy, no podrá quedaros la mas leve sospecha....

Baron. (*aparta à Vandech*). Si juzgásemos de la pureza de vuestras intenciones en la ocurrencia presente por el lance de Amsterdam, mal pleito tendriais.

Vand. Señor....

Baron (*por lo bajo*) Esto no es mas que una advertencia, (*alto*). ¿Sabeis en qué casa piensa hospedarse el señor Conde?

Vand. En la del Baron de Esteven.

Baron. En mi casa? Lo celebro infinito.

Vand. ¿Qué sois vos?

Baron. Si; y os aseguro que la eleccion de S. E. me colmo de satisfacciones (*a*). (*à Pólder*). Permitidme que vaya á recibir á tan ilustre magistrado, cuya venida es para este pais una nueva prenda de prosperidad y de ventura. Por mas que os pese, amigo mio, no podreis evitar con este feliz incidente la celebridad á que sois acreedor.

Vand. (*aparte*). Amigo le llama?

Baron. La Holanda toda sabrá lo que debe á un solo ciudadano.

Vand. (*aparte*). Es un sueño?

Póld. Por el santo cielo os suplico, que no habéis de mi en manera alguna.

Baron. Sé lo que debo hacer: pronto nos veremos.

Vand. (*aparte*). Él es; no hay la menor duda.

Baron. A Dios, amado Vanrich.

Vand. (*aparte*). Vanrich!....

Baron. Estoy muy descontento con vuestro padre señorita; pero confio en vuestra elocuencia, y me lisongo que conseguireis con facilidad que hagamos las paces. Dentro de poco recibireis cierto mensaje. (*á Vandech.*) Caballero Vandech, estoy á vuestras órdenes.

Vand. Yo estoy á las vuestras, señor Baron. (*El Baron saluda afectuosamente á Pólder y á Isela, se va con Vandach; Catalina que se adelanta tras ellos hácia la puerta, vuelve mirando á Pólder con desasosiego.*)

(*a*) Vandech, Baron, Pólder, Isela, Catalina.

ESCENA VIII.

Catalina , Pólder , Dirman , Isela.

(Durante el diálogo de Pólder con Catalina , sale Dirman , y se pone à hablar con Isela.)

Pold. Qué teneis, Catalina, qué teneis que estais como pensativa y desasosegada?

Catal. Perdonad, señor; pero me veo obligado à decirlos, que este Vandech es aquel jóven de quien os hablé dos años hace.... el mismo que cuando estábamos en Rotterdam....

Pold. Aquel que quiso robar á Isela?

Catal. Si señor. Entouces os dije que no pude averiguar su nombre, porque la precipitacion con que nos fue preciso volver á esta isla no me dejó tiempo bastante. Considerad cuanto habrá sido mi asombro al encontrarle aquí esta mañana.

Póld. Estando Isela actualmente al lado de su padre, ninguno se atreverá à concebir proyectos tan atrevidos. O querida hija! No temo tanto la conducta vituperable de Vandech como los riesgos de un amor virtuoso, si es que ha hallado entrada en tu corazon. Ay! Mucho recelo que no sean las demasias de Vandech el peligro mayor à que estàs espuesta.

Isela. *(temblando.)* Peligros yo? Cuales son los que me amenazan?

Póld. Despues hablaremos. *(reparando en Dirman.)* Hola, buen Dirman, ya estàs de vuelta?

Dirm. No es culpa mia despachar tan pronto. La señorita me quita los parroquianos en tales términos que me va dejando sin oficio, y dentro de poco no encontraré un solo pobre à quien socorrer.

Pold. Esa emulacion es muy satisfactoria para mi, y muy honrosa á todos nosotros, especialmente à mi hija. La llegada del gran pensionario nos obliga à tomar algunas disposiciones con respeto á nuestros talleres. Dejadnos solos. Catalina, no te apartes de su lado.

Catal. No me descuidaré, señor, y menos despues del susto de esta mañana.

irm. (*cuidadoso.*) Pues qué ha sucedi lo?

old. No temas haber perdido por eso mi confianza, Catalina; pues un lance imprevisto nadie puede evitarle.

(*Vase Catalina con Isela.*)

ESCENA IX.

Dirman, Polder.

irm. Qué lance ha sido ese? Se ha visto la señorita en algun riesgo?

old. Nada: tengo suma confianza en la veracidad y en el juicio de mi hija, y el lance de que habla Catalina, no me causa la mas leve inquietud. Pero ¡ ay amigo ! desde que te fuiste de aqui, ha ocurrido una novedad que puede acarrearlos el mayor disgusto.

irm. (*asustado.*) Que decis? Ha llegado á traslucirse tal vez....

old. No por cierto: por lo que hace à nuestro arcano creo que podemos estar completamente seguros; ¡mas con que condiciones tan duras, amigo Dirman! Mi corazon se llena de angustia al considerar que quizá nos veremos precisados á abandonar de nuevo la patria, á desterrarnos segunda vez de tan caro suelo.

irm. Segunda vez?.... No adivino la razon, si, como acabais de decir, nada se sabe.

old. El Baron de Estéven acaba de pedirme la mano de mi hija para su hijo.

irm. (*alborozado.*) Es posible?

old. Le contesté que no redóndamente, como puedes imaginar.

irm. De veras?

old. Pero està muy lejos de conformarse con mi resolucion, y creyendo adelantar algo con aquello mismo que me obliga mas á negarme á sus deseos, me ha dicho que Isela corresponde al amor de Federico.

irm. Mas de una vez lo he llegado á sospechar, pero por no descubrir à la señorita, no quise daros cuenta de mis conjeturas. Por lo demas no veo en ello cosa de que no debamos alegrarnos.

Pold. Estás en tu juicio, Dirman? Semejante enlace es un golpe mas funesto que la suerte puede descargar sobre mí. Un matrimonio! Y cuando el ministro del evangelio abra en mi presencia el asiento de los casados, que apellido he de dar á mi hija? Ya lo ves es indispensable huir: no tiene remedio.

Dirm. Pordonadme, amo querido, si me tomo la libertad de hacer frente á vuestros escrúpulos.... Hace ya ventiseis años que no sois Pòlder.

Pold. Infeliz de mí! ese nombre funesto....

Dirm. Y por que le conservais en la memoria? Sea esta última vez que se pronuncie entre nosotros; escuchadme con serenidad, y sed mas justo con vos mismo. Cuando dejamos à Amsterdam, ventiseis años hace, con el fin de establecernos en la isla de Java, tengo muy presente que me digisteis: „Dirman, voy á dejar para siempre el apellido de mi padre porque me es odioso. Voy á separarme perpétuamente de mi familia abandonando su horrible herencia.... quiero ser otro hombre.... mis deseos son razonables y justos, y haré cuanto pueda por realizarlos. “ Un rasgo tan sublime de esfuerzo y de amor á la virtud cautivó mi voluntad, y me obligò á seguir vuestra suerte hasta morir, queriendo presenciar el triunfo de un ánimo generoso. Habeis cumplido vuestra palabra. Sin mas auxilio que el de vuestra aplicación debisteis la subsistencia al trabajo de vuestras manos, llegando á juntar poco à poco un caudal de que sois deudor à Dios y à vuestra diligencia. Entonces volvimos à Holanda, y limpio ya del borron terrible que os alejaba de la sociedad, lograsteis entrar en su seno sin que vuestros vanos temores os dejen gozar el fruto de tan feliz tentativa. ¿Por que no egerceis con vos mismo ese espíritu de equidad que seguis con cuantos os rodean? Examinad vuestra conciencia, y encontraréis que absuelto por ella y por Dios, no teneis derecho alguno para condenar á vuestra hija á una desventura interminable.

Pold. O amigo mio, y único depositario de mis secretos. Cuánto consuelo me infunden tus palabras! Al oírte la esperanza se reanima, pues siendo como eres un hombre

de probidad y de virtud, no reputas por cosa vituperable el que yo me atreva.... Y en efecto tienes razon: Dios mismo nos dice; no cargará el hijo con la iniquidad de su padre.“ Yo sin embargo la he tenido sobre mis hombros.... Crees tu que de aquella mancha tan horrosa no me queda señal alguna? Crees que puedo presentar á mi hija en la sociedad, y mezclar mi sangre, sin ofender al cielo, con la de una ilustre familia?

irm. Si señor: lo creo y lo aseguro sin temor de que nadie tenga que oponer sólidos reparos.

old. No sabes cuanto alivian tus razones la zozobra de mi pecho! Abrázame, caro amigo: á tí solo serè deudor de la mayor ventura que puede gozar en la tierra el corazón de un padre.... *(Salen los trabajadores, aldeanos y marineros, y tras ellos Federico acompañando á Isela y á Catalina.)*

ESCENA X.

Catalina, Isela. Federico, Pólder, Dirman, operarios, &

Algunos criados del Baron de Estéven vienen delante de Federico y de Isela.

Isela. (con impaciencia y satisfaccion.) Padre, el señor Federico de Estéven viene á dispensarnos la honra de... *Pólder* Señor Vanrich, he venido á vuestra casa de orden de mi padre, y estas señoras han tenido la bondad de decirme que aun estabais en este sitio, guiándome hasta aquí con la mayor cortesía. Ya sabeis que ha llegado el conde de Asensfeld, y viene á hospedarse á nuestra casa: mi padre queriendo reunir á las personas mas distinguidas de la poblacion, desea encarecidamente que vos os digneis honrar con vuestra presencia y la de esta señorita la funcion que está disponiendo en obsequio suyo...

old. (perplejo). Señor.....

Pólder. Me ha mandado espresamente que no me vuelva sin haber coseguido el favor que os pide. *(Pólder mira á su hija).*

Isela. Yo no hallo razon para que no acepteis un convite

hecho en unos términos tan expresivos.

Póld. (*aparte*). Qué haré, cielos!

Isela. (*por lo bajo á Catalina*). Cuanto deseo que accep-

Póld. Es tan fina y atenta la invitacion del señor Baron que no me queda arbitrio para rehusarla: decid que imos à disfrutar el favor que nos dispensa.

Feder. Si gustais, os iré acompañando.

Póld. A mucho honor lo tendremos. (*Isela hace un ademán de alegría; Federico la ofrece la mano; abren poco los calafates, y se van Pólder, Isela, Federico, Catalina, y algunos criados.*)

Mutacion de Teatro.

Salon gótico del palacio del Baron ostentosamente adornado. Puertas á derecha é izquierda. Otras tres puertas grandes en el foro, por las cuales se ve otra sala no menos ostentosa, cuando se abren en la escena última.

ESCENA XI.

El conde de Asensfeld, el Baron de Estèven.

Baron. Ruégoos, señor conde, que no me habléis de esas cosas acerca de una determinacion, de que más bien redundará honor que molestia. El favor que me dispensais aceptando habitacion en mi casa me honra infinitamente à la vista de los naturales de la isla de Voorn, y así solo soy quien debe daros gracias.

Conde. De ese modo, señor Baron, acepto con gusto vuestros corteses ofrecimientos, y desde ahora estoy persuadido de que no será esta parte de la Holanda la que preste apuntaciones menos satisfactorias al diario de mi viage. Hace quince ó veinte años que recorrí estas comarcas la última vez, y veo que su prosperidad se ha aumentado en una progresion increíble. Esto es una especie de prodigio, de cuyas causas deseo enterarme, y para ello tengo citados à los regidores, burgomaestres, síndico mayor de la ciudad, pues tengo à mi cargo un e-

erito importante sobre el estado industrial de nuestras provincias. No dudo que estos señores me enteren de cuanto sea concerniente á la isla de Voorn; pero sin embargo quiero examinarlo todo por mi mismo, y espero que me sirvais de guia en mis indagaciones.

aron. En verdad que no pudierais valeros de individuo alguno, que pueda daros luces mejor que yo acerca de ese particular. Apenas he salido de esta isla y asi he visto nacer su industria, y aumentarse hasta el punto en que hoy se encuentra. Hace pocos años era país pobre, y de comercio escasísimo, y un estrangero ha sido el autor de una prosperidad tan rápida y asombrosa.

onde. Un estrangero? Sin duda hablais de Vanrich?

aron. Del mismo. No hay en toda Holanda ciudadano mas recomendable, ni concibo que haya recompensa alguna á que no sea acreedor, y que no tenga ya bien merecida.

onde. Ya vuestro primer síndico me ha dicho sobre eso alguna cosa,

aron. Nuestro primer síndico? Pues si habló de él á V. E., me atrevo á asegurar que no sería elogiándole, pues hay sugetos para quienes la gratitud es carga muy pesada.

onde. De donde venia cuando se presentó aqui ese hombre tan extraordinario?

aron. De nuestras posesiones de la India.

onde. Le conocia alguno del país?

aron. No, señor.

onde. Que familia trajo consigo?

aron. Una hija de pocos meses de edad, y un criado antiguo no menos estimable.

onde. Nadie mas?

aron. Por él mismo sabemos, que quedó huérfano en su niñez.

onde. Y que concepto tiene entre los habitantes de la Isla?

aron. Todos le miran como á su padre y bienhechor: yo mismo cautivado por sus virtudes y por el aprecio universal, soy de los que mas le admiran. En una palabra, señor conde, persuadido de que un ciudadano util

no es inferior à nadie, y de que una esposa virtuosísima es el don mas precioso del cielo, hago vanidad de haber formado el proyecto de casar á mi hijo con la hija de Vanrich, si él consiente éste enlace.

Conde. Vos, decis, que habeis formado ese proyecto

Baron. Bien se los reparos que pueden ponerme; pero pronto conoceréis por vos mismo á tan apreciable objeto, pues como gefe y fundador de los inmensos talleres de esta isla, pueden seros útiles sus conocimientos. A este fin he querido prevenir vuestros deseos, autemano convidándole á venir à mi casa, donde tendrá el honor de comer con V. E.

El Conde sorprendido y aparte.) Conmigo? (*Entrando criado y habla con el Baron.*) Puede ser muy bien que Vandèch esté equivocado: sin embargo él viene de Batavia.....

Baron. Dadme vuestro permiso, señor Conde, pues tengo que dar algunas órdenes á los criados. Si quisierais dar audiencia en esta sala, pueden entrar aqui los señores que acaban de llegar.

Conde. No hay inconveniente, (*Se saludan: Vandesh sale saludando al paso al Baron que se va.*)

ESCENA XII.

El Conde, Vandech.

Conde. Hola, Vandech! Me alegro de que hayais venido, ahora mismo iba á llamaros.

Vand. Y yo, señor, estaba esperando con ansia que V. E. se desocupase para pedirle que me oyese un momento.

Conde. Ya supongo el motivo. Estoy bien informado de la indiscrecion que cometiste esta mañana, y vuestras ligerezas no tienen excusa ni pueden ya disimular. Que quereis que se piense de un magistrado, cuya vida no tiene otro objeto que inculcar la observancia de las leyes, el respeto de las buenas costumbres, y la correccion y el castigo de los delinquentes, si aquellos que deben auxiliarme en tan augustas funciones son los primeros que delinquen dando ejemplo.

de una conducta desordenada ? Creéis que este sea el medio de hacer que se olviden vuestros pasados desiertos , y de volver á la gracia del Estatouder ?

Vand. Merezco hasta cierto punto esa reprimenda , señor Conde , y la recibo con sumision. Cometí á la verdad una imprudencia momentánea ; pero por ella he llegado á descubrir un secreto singular , de que venia á dar parte á V. E. anunciándole que mis primeras dudas son ya certezas indubitables.

Conde. Habeis vuelto á ver acaso aquella familia ?...

Vand. Ese medio , señor Conde , no me pareció el mas oportuno para adquirir las luces convenientes. Mas si V. E. gusta de oirme , le demostraré que Vanrich es efectivamente el sugeto que sospechaba.

Conde. (*aparte.*) Siento entrar en esta averiguacion (*alto.*) Sin duda os equivocais, Vandech: el hombre que decis, hace 24 años que vive en esta isla. En cual época, pues, pudierais haberle visto ? No veis que es casi imposible ?

Vand. Hace 26 años que el supuesto Vanrich se fugó de Amsterdam, y otros tantos que sus facciones se grabaron en mi memoria de un modo indudable.

Conde. Muy niño seriais.

Vand. Tenia siete años. Una circunstancia pueril fue causa de la impresion terrible , que hoy mismo he sentido renovar con la mayor violencia. (*El conde se sienta y escucha.*) Cometí entonces una falta disimulable en aquella edad , que fue sacar de una cómoda de mi madre unas frioleras de poquisimo valor , y se trató para corregirme buscar un género de castigo , que pudiese hacer en mi imaginacion un efecto vehemente. Un dia que se estaba juzgando el proceso de unos facinerosos me mandó el ayo que fuese con él , y me llevó al atrio del tribunal , donde nos mantuvimos mas de media hora entre el populacho. De pronto veo separarse la multitud con cierta especie de horror , abriendo una ancha calle á tres hombres que á la sazón entraban. Entre ellos venia un jóven de regular presencia , subiéndolo las gradas con los ojos bajos y ademan melancólico , y adelante de él un hombre de mas edad y de gesto cruel y repugnante , que dijeron ser el padre

del primero. El ayo cogiéndome con fuerza del brazo y sacándome de entre la gente, me llevó hácia el joven que digo, y colocándome en frente de él, me dijo con voz terrible, cuando ya estaba cerca de nosotros: “Ves este que viene aquí? pues él será quien te castigue cuando llegues á ser hombre, si no te enmiendas de ese infame vicio. Mirale bien: ese es Pólder el hijo del verdugo!..... Al oír este nombre levantè la vista y el jóven fijó en mí la suya con la espresion mas dolorosa. Aquella mirada, aquellas facciones abatidas, e suma, aquel semblante terrible quedó gravado en mí mente con rasgos de fuego. Dí un grito penetrante, y me caí desmayado: cuando volví en mí acuerdo me hallé en los brazos de un hombre como de unos cuarenta años, que era criado de Pólder, y oí que le llamaban Dirman. Era imposible desvanecer de mí fantasía la impresion terrible que recibí en aquel lance. Ni las caricias de mi madre, ni el auxilio de los médicos lograron tranquilizar mi atemorizada imaginacion. De dia repugnaba salir de casa, y de noche era preciso velarme, por que á cada paso me despertaba despavorido. Ya tenia perdidas las esperanzas de debilitar tan funestas resultas, cuando se supo que Pólder habia desaparecido de Amsterdam con su criado, y corrieron rumores de que aquel jóven se habia arrojado al mar. Con esta noticia que me refirieron como indudable, fuí serenándome poco á poco, pero aquella imágen quedó impresa aqui.... Juzgad ahora, señor Conde; de mi asombro, cuando al ir en seguimiento de una doncella, cuya hermosura me habia llamado la atencion en Rotterdam, me encontré de repente en presencia de Pólder mismo.

Conde. (levantándose.) ¿Y podeis presumir, señor Vandech, que en una circunstancia tan grave, y tratándose de un sugeto á quien mira con veneracion este país, reciba yo como una prueba inconcusa lo que puede ser efecto de una semejanza hija del acaso?

Vand. Es verdad, señor Conde. Mas que dirá V. E. al saber que el mismo Dirman está en esta isla, y vino en su compañía?

nde. Dírman está aquí?

nd. Ved si puede hallarse un testimonio mas evidente en confirmacion.....

nde. Basta, señor Vandech: vuestras sospechas han adquirido ya un carácter demasiado grave, y yo haré en este negocio lo que tuviere por oportuno.

nd. Me temo que vuestra escesiva generosidad....

nde. El encarnizamiento que manifestais no dan la mejor idea de la vuestra.

nd. Cuando sepa V. E. hasta donde llega la audacia en ese Pólder, no será tanta su compasion. Sabéd que mi tio acaba de decirme que el fingido Vanrich se halla en vísperas de casar á su hija con el primogénito del Baron de Estèven.

nde. Ya lo sé.

nd. Y en este caso puede V. E. titubear un solo punto?

nde. (con dignidad.) Señor Auditor, aun no habeis llegado á la dignidad de Consejero.

nd. (aparte.) Pólder está descubierto, y yo harè de modo que le conozca todo el mundo. Ya entonces nada tengo que temer del amor de Federico, el cual no podrá menos de abandonar á la hija de hombre tan infame, y la hermosa Isela será mia.

ESCENA XIII.

Los mismos, un Criado.

riado. Señor, los regidores, y el síndico mayor de la ciudad con los sugetos principales de la isla me envian á tomar las órdenes de V. E.

nde. Decid que estoy pronto á recibirlos. (Vase el criado, y se ven salir por la derecha los sugetos dichos.)

ESCENA XIV.

Conde, Vandech, Müller, Magistrados.

nde. Creo, señores, que no ignorais el objeto de mi venida, que se reduce á formar una idea exácta del

estado de esta provincia, á saber si en ella tienen las leyes cabal cumplimiento, y si florecen el comercio y la industria. Espero, pues, que me suministrais las luces necesarias sobre puntos tan importantes á fin de que pueda informar al gobierno con la puntualidad y verdad que desea, y que fuera imposible muy difícil adquirir sin vuestro auxilio.

Síndico Señor Conde, estamos prontos á llenar los deseos de V. E., cuya llegada es para toda la isla un motivo de satisfaccion y regocijo, pues por su boca podrá Estatouder enterarse de su floreciente estado. En las relaciones que tenemos el honor de presentar á V. E. verá los progresos de su poblacion, de sus fábricas, y de sus trabajos marítimos; como tambien lo correspondiente al ramo de tribunales. V. E. verá sin duda con placer que en el espacio de 25 años no se ha cometido un solo crimen en estas comarcas, cuyos habitantes no tienen idea del doloroso espectáculo de una egecucion ó castigo público. El aumento de nuestra prosperidad y riqueza se debe al celo de los magistrados en quienes el Estatouder deposita su confianza, hecho que indico no por vanidad, sino receloso de que V. E. sea mal informado por los que atribuyen esta gloria á estrangeros desconocidos.

Conde (con intencion y sagacidad.) Sois vos señor Síndico, el pariente de mi auditor Vandech?

Síndico. Muy servidor vuestro.

Conde. Os doy, señores, espresivas gracias por las memorias que teneis dispuestas, y de que me enteraré despacio. El gran consejo dará la debida atencion á todo lo que pueda influir en la gloria y felicidad de la Holanda (Vandech vá tomando de mano de los magistrados los papeles que traen. y los pone sobre una mesa al lado izquierdo. Abrense las tres puertas del fondo y se descubre un magnifico salon gótico, y en medio una mesa espléndida alumbrada con candelabros y arañas antiguas. Vense en él señores y señoras que vienen entrando y se supone ser las familias principales de la ciudad convidadas al banquete.)

ESCENA XV.

Vandech, el Conde, Baron, Isela, Pólder, Federico, magistrados, familias principales.

Baron. Señor Conde, las señoras de la isla de Voorn solicitan el favor de saludar á V. E. *(Todas las damas hacen una cortesía al conde, que las corresponde con un saludo muy rendido. El Baron toma de la mano á Isela.)* Tengo el honor de presentar á V. E. á esta señorita, que merece tanto como su padre el señor Vanrich, *(señala á Polder, el cual hace una cortesía al Conde)* las bendiciones del pobre y el afecto de cuantos tienen la dicha de conocerla.

Müller. *(aparte.)* !Hay mayor mortificación que ver á este hombre triunfante en todas partes!

Conde. Continúad, señorita, mereciendo tan lisongeras alabanzas. La virtud cautiva la admiración general, sea la que fuere la condición del que la egerce, y es un gran consuelo en las aflicciones de la vida. *(Isela mira a su padre cortada, y el Baron se queda confuso.)*

Feder. *(aparte)* Cualquiera que sea la condición del que la egerce?

Baron. *(al Conde.)* Si V. E. no dispone otra cosa... *(indica con el ademán que es hora de sentarse á la mesa.)*

Conde. Estoy á vuestra disposición, señor Baron. *(Movimiento general para entrar en la sala del banquete.)*

Vand. *(mirando á Pólder.)* Llegará á tanto su audacia?.. *(á los magistrados.)* Señores, como auditor que soy tengo encargo del burgo—maestre de Amsterdam, de hacer pesquisas por todos los pueblos de Holanda, que hemos de recorrer, hasta averiguar el paradero de los herederos de Pólder....

Pólder. *(aparte.)* Santo Dios!

Vand. El egecutor de las sentencias criminales, que murió hace algunos meses. Tuvo un hijo, que se fugó mas ha de 26 años, á pesar de que la calidad de su destino no le autorizaba á disponer libremente de su persona, por ser obligación suya ocupar el lugar de su Padre.

Pòlder. (aparte.) Terrible apuro!

Vand. Como pudiera haberse establecido por casualidad este pais, espero no omitais dar aviso de ello, si llega algún tiempo á vuestra noticia. (Todos los magistrados hacen un ademan negativo.)

Pòlder. (aparte) Estoy muerto.

Baron. Que teneis, Vanrich? estais descolorido.

Pòlder. (procurando disimular.) Nada, señor Baron: no tengo novedad.

Isela. Qué? se siente usted malo?

Pòlder. No por cierto, hija mia. (Todos observan á Pòlder sorprendidos, y él se queda como espantado é inmóvil sin levantar los ojos del suelo. Los demas se disponen entrar en la sala del convite.)

Baron. (à Federico.) Federico, dà el brazo à esta señorita (Federico dà el brazo à Isela: el Baron y todos los demas se encaminan à la sala interior. Pòlder no dà un solo paso, y Vandech se detiene à cierta distancia de él. Los convidados van tomando asiento à la mesa. Federico é Isela que son los últimos, van à entrar tambien, cuando Pòlder volviendo en sí y viéndose solo, dice.)

Pòld. Que turbacion!.... Fuerza es aparentar serenidad, ó venderme á mi mismo. Animo! (Dirigese à la sala de comer, y Vandech le detiene con un gesto.)

Vand. Donde vais? El Cònde de Asenfeld primer Magistrado de Holanda, os prohíbe sentaros á su mesa. (Pòlder se queda inmóvil, y como herido de un rayo: Vandech se aleja: Isela admirada de no ver à su padre, deja à Federico y vuelve hacia Pòlder.)

Isela. No venis, padre?

Pòld. (tomandola la mano y como fuera de sí.) No! han leído en mi frente mi ignominia!... Huyamos!...

Isela. (asombrada.) Padre mio!.. (Al grito de Isela se levantan todos de la mesa y se ponen à contemplar asustados lo que pasa en la escena. Federico es el primero que sale à la sala precipitadamente y Vandech tras él; mas ya Pòlder ha desaparecido con Isela. Vandech detiene à Federico, tiràndole del brazo, y en este instante cae el telon.)

ACTO SEGUNDO.

Gabinete de Pòlder: es de noche, y una lámpara ilumina la escena.

ESGENA PRIMERA.

Pòlder solo. (*Entra atropelladamente y echa el pasador à la puerta: está como fuera de sí, y se sienta en una silla al lado derecho.*) Por fin aqui no vendrán á perseguirme... insensato de mi! Dónde me esconderé de la vista de los hombres, si parece que llevo escrito en la frente mi destino? Quién les reveló mi nombre? Como han podido conocerme? Tengo yo acaso, como el primer asesino, una mancha de sangre que escita horror, y hace que al verme esclamen todos: èl es?... Se acabó! Veinte y seis años de destierro, de cautela, de disimulo... todo es perdido. Mis largos afanes, la estimacion general con tantos trabajos adquirida... Ay! No hay remedio! Es fuerza renunciar á todo, y sucumbir al peso de la infamia. (*se pone en pie.*) Y mi hija? mi pobre hija? Cielo santo! Que es lo que ha hecho la infeliz para incurrir en mi reprobacion y afrenta? Que es lo que ha hecho? Tener mi propia sangre. Desventurado! Como la ocultaré el horror de su destino! Como la he de decir.... Ah!... Ya estoy viendo su espanto! Maldecirá su nacimiento y se caerá muerta á mis pies! (*delirando.*) No!... Jamás! Y hay algun medio de evitar esta desgracia? (*con horror melancòlico y profundo.*) Cual es? Ya lo sé. Una prevencion terrible me condena sin ningun arbitrio, y no está en mi mano cambiar su suerte... pero sabré librarla de mi mismo. Al menos no presenciare su desesperacion... O querida Isela! Ojalà consiga borrar este sacrificio la mancha de que no he podido preservarte!...

Isela. (á la derecha, por dentro.) Padre! padre!

Pold. Ella es: al oír sus acentos pierdo todo mi valor. (tira del pasador, *Isela entra agitada.*)

ESCENA II.

Isela, Polder.

Pold. (con afliccion.) Que me quieres? Por que vienes privarme de mi esfuerzo? (aparte.) La he visto... y se acabó.

Isela. Que significan esas expresiones? Dios mio! Estoy todo trémulo.... Teneis las manos yertas.. Ah! Dejadme llamar algunos criados, que acudan en vuestro socorro.

Pold. (deteniéndola.) No; no te muevas; tal vez será esta la última vez que me abracés sin horrorizarte.

Isela. Cielos! Horrorizarme yo á vuestro lado! No comprendo lo que quereis decirme, padre mio! Que es lo que sucede? Me sacais del palacio en presencia de todo el mundo, y me traéis á casa huyendo como si hubiéramos cometido algun crimen. Hace un momento me asomé á una ventana, y vi á Federizo llegar presuroso á nuestra puerta, y á Dirman negándole la entrada. Es imposible que vos hayais dado la órden de que no les permitan subir?

Pold. Si; yo lo he mandado.

Isela. Por que motivo? *Dirman sale por la puerta del foro.*)

ESCENA III.

Dirman, Polder, Isela.

Dirm. (Marando á *Isela.*) Puedo entrar?

Pold. (yendo hácia *Dirman.*) Nada sabe aun... Está ay todo dispuesto? Podemos marchar al instante?..

Isela. Marchar!....

Dirm. Dentro de una hora estará todo prevenido. El hijo del señor Baron á venido á saber...

old. Ya me lo ha dicho Isela.

irm. Mandé venir el capataz de la fábrica, y le dije que un negocio importante, una quiebra de consideracion acaecida en España, nos obligaba á salir inmediatamente. Los principales operarios se reunieron en seguida en casa del contraamaestre sin recelar cosa alguna. Eslop queda disponiendo una lancha, y no tenéis mas que hacer sino designar el barco que gustareis de los que están en el puerto. El viento es favorable.

old. (*afligido.*) Ay! Una hora no mas prodré respirar el aire de mi patria!...

Isela. (*tomandole la mano.*) Padre mio!....

old. (*teniendo abrazada à su hija.*) Vuélvete, amigo, que al pu.ato voy á ver á Dich y à darle las últimas órdenes. Dejemos al menos asegurada la felicidad de estas gentes, y la memoria de algunos beneficios. Toma, y lleva contigo la cartera que està sobre aquella mesa, que allá voy al instante.

ESCENA IV.

Isela, Pólder.

Isela. Una partida tan atropellada!... De noche! Pensais ir solo?

Pólder. Tu vendrás tambien, hija mia.

Isela. Pero supongo que volveremos pronto?

Pólder. No: jamás.

Isela. Jamás? Y Federico?... Perdonad, amado padre. Yo sé que el señor Baron os ha pedido mi mano..... Cual motivo puede haber para que dejemos este pais? Qué desventura es la que nos obliga á hacerlo?

Pólder. No es poca el querer salir de su esfera. Tu has dado oidos á las espresiones de Federico de Estéven, y fomentado su pasion; cosa que no debieras.

Isela. Vos no conoceis á Federico como yo... Si supieseis cuán grande y verdadero es su cariño! Mil veces me lo ha dicho, y es incapaz de engañarme. Cómo es posible que me haga infeliz?....

Polder. Porque el amor le ciega; mas cuando considera la calidad de su familia, y los brillantes enlaces à que puede aspirar.... y luego que dirian sus parientes, amigos, y el mundo que juzga con tanto rigor en materias semejantes? Tu no sabes cuantas murmuraciones excitaria su determinacion en menosprecio de su esposa. El mismo, antes de mucho, se avergonzaria de verte à su lado.

Isela. Y por que? Vuestras riquezas y virtudes no hacen igual à el? Ah señor. Veo que no le conoces cuando le juzgais capáz de envilecer su amor. Por otra parte, dándome su nombre y su título no me comunica su nobleza?

Pold. No ves que solo sigue el impulso de su pasion

Isela. Y que me importa si en esa pasion cifra su ventura? Que importa si mi felicidad....

Pólder. No prosigas, Isela; estás obcecada.... no sabes cual es la condicion.... en una palabra; ese casamiento es imposible.

Isela. Imposible? porque? siendo vos un sugeto tan respetable, como he de causar yo la deshonra de Federico. No soy yo hija vuestra?

Pold. Ay!.... Si; eres mi hija, y en eso consiste tu desventura.

Isela. Mi desventura!

Pold. Desde que abriste los ojos à la luz del sol no has conocido mas parientes que à mí. Contenta con los halagos de tu padre, satisfecha y tranquila en el seno de la abundancia, no has pensado en otras averiguaciones ni adelantado tu curiosidad mas allá de los recuerdos de tu niñez. Engañada por las apariencias, seducida por la opinion y el respeto de las gentes, no has podido figurarte que pudiese haber obstáculos à tu felicidad; mas si te dijese yo que aunque Federico no fuese caballero, no era posible que emparentase conmigo; si yo te asegurase que hay entre nosotros una barrera invencible, no renunciarías à su amor?

Isela. Renunciar!.... pero, señor, veo que estais temblando, que teneis demudado el color. Dios mio! que ha sucedido en nuestra familia? De que afrenta tenemos que avergonzarnos?

old. No debo ya dejarte en la feliz ignorancia que hasta aquí. No puedo ocultarte mas el motivo que ha de costar à tus ojos perpetuo llanto. Ay! Yo soy, yo soy la causa...

ela. Vos? Es imposible: vos culpable? Jamás podré creerlo.

old. Culpable, no, no lo soy, gracias al cielo. Pocos habrá en la tierra que puedan ofrecer à Dios un corazon mas compasivo, ni otras manos mas puras que las mias, y sin embargo no hay nadie en el mundo que inspire mayor horror à los demás. No hay ningun delincuente que deje borron mas negro à su familia: mica si es posible haber nacido con mayor desventura. No alumbrá el sol persona mas amable, mas inocente, mas virtuosa que tú, y à pesar de eso la tacha que tienes sobre tí por ser hija mia, solo la muerte podrá disiparla.

sela. Acabad por Dios: que habeis hecho? de que os acusan? que horrible misterio es ese?

old. Una ley cruel, una costumbre bárbara me condenaba à seguir la profesion de mi padre.... y no tuve valor para resignarme à hacerlo... pero la ignominia se quedó conmigo, y es forzoso que te la deje en herencia. No me comprendes? Me falta el ánimo para explicarme con mayor claridad. (*Se sienta à la mesa y escribe algunas líneas precipitadamente*). O criatura desgraciada! Déjame abrazarte por la última vez. En breve huirás de mí despavorida.

sela. (*echándose en los brazos de su padre*). Eso no; jamás.

old. Aunque lo hagas, desde ahora te lo perdono. (*le da el papel y quiere irse, pero Isela le detiene*).

sela. Sea cualfuere este terrible misterio, no es verdad que siempre me querréis como hasta aquí? y que seré siempre hija vuestra? Dadme de antemano tan dulce seguridad.

old. Lee... y no me maldigas.

Isela. (*leyendo*). Hija; perdóname que te haya dado el ser: renuncia al mundo para siempre... levanta tus ojos al cielo.... (*se detiene, clava la vista en su padre y despues al cielo*). Qué será esto, Dios mio! (*lee*)

Eres hija....“ No, no es posible!.... Padre! (Corre hacia Pòlder, se detiene, clava en él los ojos con espanto y se retira hacia atrás como horrorizada involuntariamente). Ah! el verdugo! (caésele de las manos el puñal y ella cae en el suelo sin sentido).

Pold. Gran Dios! Socorro!.

ESCENA V.

Catalina, Isela, Dirman, Polder. (Dirman y Catalina salen precipitadamente.)

Cat. (yendo hacia Isela.) Señorita!

Pòld. (tomándo de la mano à Dirman y señalando à Isela.) Ya pronunció mi nombre.... Nunca volveré à aborrazarla. (entra azorado en el cuarto de la derecha).

Dir. Justo cielo! Aguardad, aguardad. (Vase en su seguimiento.)

ESCENA VI.

Catalina, Isela, y despues Dirman.

(Levanta à Isela Catalina, y sosteniéndola en sus brazos procura hacerla volver en sí: entre tanto suenan de pistoletazos en el cuarto contiguo. Catalina da un grito. Dirman sale del cuarto, y esta và hacia él.)

Catal. Que es lo que ha hecho?

Dirm. Retiraos, Catalina: dadme ese gusto. (Catalina và poco à poco y con mucha inquietud.)

ESCENA VII.

Isela, Dirman.

Dirm. Señorita!...

Isela. (volviendo en si.) Dònde está? No me respondeis Dirman? No quiere volver à verme?

Dirm. No tiene valor para presentarse á vuestros ojos.

Isela. (levantándose.) O gran Dios!...

Dirm. En el estado que os hallais, abatida y consternada

por el terrible arcano que se vió en la necesidad de descubrirlos, no os podeis figurar que frenesí es el suyo. A no ser por mi ya no existiría.

Isela. (agitada.) Aquel estruendo... Si en este instante, cuando abrí los ojos... *(Dirman, sin responder, aplica la mano á la frente con un movimiento de horror.)* Que? se ha muerto? *(vá á arrojarle al cuarto y Dirman la detiene.)*

Dirman. No á fé: tuve la buena suerte de apoderarme de sus pistolas, y dispararlas al aire por si se empeñaba en quitármelas de la mano. Ah! Señorita! Vos sois la única que puede reanimarle y sostener su espíritu abatido. *(viendo que ella llora sin contestarle.)* Pero sois libre.. Si os es repugnante su vista, no se pondrá jamás en vuestra presencia; mas si no puede ya contar con el auxilio de su hija, si tiene que sufrir solo este nuevo destierro, no le faltará el apoyo de su antiguo criado. Así pudiera durarle mucho tiempo!

Isela. O buen Dirman!... Veo que soy culpable... pues me acuerdo muy bien... No hay duda; debió ofenderse con mucha razon... Voy á suplicarle que me perdone. *(Dirman la detiene, tomándola la mano y besándosela muchas veces.)*

Dirman. Vos sois la salvacion de entrambos; esperad; voy á decirle que no queréis abandonarle. *(entra en el cuarto de Pold.)*

ESCENA VIII.

Isela (sola.) Ya se acabó todo para mi! Federico, Federico! Te perdí para siempre!

ESCENA IX.

Dirman, Isela, Polder.

(Dirman y Polder vuelven. Este se detiene como temeroso de acercarse. Dirman le anima. Polder le hace señas de que le deje solo con su hija: Dirman se retira hácia el fondo. Hasta este momento Isela se mantiene llorando en la misma actitud y sin ver á su padre.)

Polder da un paso hácia ella, lo siente, y se vuelve mirarle. Entonces se detiene Polder, y apoyandose con un mano en un sillón, aplica la otra á los ojos. Isela se aproxima á él despacio y sin alzar la vista. Polder no atreve á mirarla. Despues de un momento de silencio, Isela aparta blandamente la mano que su padre tiene en megilla, le echa los brazos al cuello apoyando en su pecho la cabeza. Polder la abraza con la mayor ternura

Isela. Cuando gustéis, nos iremos, padre mío.

Pold. Y Federico?

Isela. (con ternura.) Desde hoy no puedo pertenecer á nadie sino á vos, á vos solo. Quien os queda sino yo en mundo? Quien, si yo os abandonase, conseguiria enjugar vuestras lágrimas? Quien pudiera amaros tanto que os estorbase desearos la muerte? No, jamás os dejaré viviré para acompañaros, y vuestras penas hallarán alivio desahogándose en mi corazón. Mi suerte está decretada: el cielo me ha puesto á vuestro lado para servir de consuelo, y esta es mi única obligacion en la tierra. Mi deseo es morir en vuestros brazos, ó recibir vuestro postrer suspiro.

Dirm. La hora de marchar..

Pold. Si: aprovechemos la oscuridad de la noche.

Dirm. No vais á casa de Dich? (Dirman, Polder, Isela)

Pold. Si: démonos prisa. (à Isela.) Espéranos en este sitio.

Isela. Quisiera, padre, que me concedieseis una gracia.

Pold. Una gracia?

Isela. Una sola idea es superior á mi esfuerzo.... Me fue imposible sobrevivir al desprecio de Federico. En sabiendo quien soy, creerá que he querido engañarle. Vam á marchar, y nunca le volveré á ver. Permitidme que le escriba, pues si me juzgase culpada, no podria sopotar mi existencia.

Pold. Tendrás ánimo para escribirle?

Isela. Si señor, si lo lleváis á bien.

Pold. No olvidéis que nos vamos al instante,

Isela. Cuando volviereis, me encontrareis pronta. (Polder y Dirman se van por la izquierda.)

ESCENA X.

Isela (sola.) Dios santo! sostened mi esfuerzo. Ay! Que le dirè?... La verdad. Estaba ignorante de mi desgracia.... y ahora veo que soy la hez del género humano. Pronto se acabarán mis penas.... Al menos no podrá despreciarme... *(La puerta se abre muy despacio, y sale Vandech embozado en una capa, mientras Isela se va hacia la mesa que está al lado derecho.)*

ESCENA XI.

Isela, Vandech.

Isela. Quien entra?... Un hombre embozado!... llamaré á Catalina.

Vandech (cerrando la puerta y sin descubrirse.) No os altereis, señorita: tengo que hablaros á solas.

Isela. A mi? No tengo el honor de conoceros.

Vandech (dejando la capa y el sombrero.) Os equivocais, señorita; ninguno puede olvidar tan pronto á quien sabe que la adora.

Isela. Como? señor Vandech!

Vandech. No os asusteis Isela.

Isela. Con que derecho os atreveis á entrar aquí á estas horas? Ignorais que las leyes castigan con las penas mas severas al que se atreve á violar de noche el asilo de un holandés?

Vandech. Tened la bondad de oirme.

Isela. Tened vos la de retiraos, ó pronto...

Vandech. Ya se el riesgo á que me espongo por entrar hasta aqui; pero arrostraría la muerte por hablaros sin estigios; y á este fin abandoné la funcion, Isela, no ignoro las intenciones de vuestro padre, se que trata de huir, y de llevaros consigo: pero es fuerza que sepais que jamás consentiré en perderos para siempre.

Isela. Cielos! Quien os ha dicho?...

Vandech. Lo se todo.

Isela. Ah! Señor! Por piedad os ruego que no pongais obstáculos á nuestra fuga.

Vand. Huir? No lo esperéis: vuestra felicidad depende que me escuchéis.

Isela. Mi felicidad?—No la espero sino en el sepulcro.

Vand. Vuestra suerte es horrorosa: lo sé muy bien, mi corazón se aflige profundamente al considerar que no podeis ser esposa sino de alguno que tenga la misma profesion de vuestro padre. Sola en el mundo, sin esperanzas de mejorar de suerte, obligada siempre en todas partes á ocultar vuestro nombre y nacimiento, que será de vos, infeliz Isela? Seguir á vuestro padre es acabar de perderos.

Isela. Que es lo que decís?

Vand. Solo hay en el mundo una persona que os ama, que os adora, y tiene voluntad y poder para salvaros. Yo soy, amada Isela, yo solo soy el que sabrá mejorar vuestro atroz destino, si correspondeis al amor que os profeso.

Isela. Que horror!

Vand. Teneis cuantos hechizos pueden desear para brillar en el mundo. En Francia hallareis un asilo; consentid en seguirme, y sereis eternamente el dueño y árbitro de mi vida. Aquí mismo os hago juramento.

Isela. No digais mas. Semejante audacia sobrepuja á cuantas humillaciones ha descargado sobre mí la suerte.

Vand. Isela!

Isela. Irme con vos? (*mirando al cielo.*) Mi asilo está allí. Aun cuando mi corazón no abrigase una pasión eterna, aun cuando no amase á mi padre mas que á mi propia vida, la ventura con que me brindais me pareciera menos abominable. Más quiero la ignominia del mundo todo, que un amor como el vuestro.

Vand. Isela, habeis olvidado quien sois vos, y quien soy yo?

Isela. No: yo soy á la verdad muy desgraciada; pero vos un hombre infame.

Vand. Puesto que vos sois quien me pone en la necesidad de impedir vuestra fuga, sabré hacerlo. Dondequiera que estuviereis, os seguiré los pasos; publicaré por todo el mundo quien es vuestro padre, y vengaré, si es menester, en la sangre de Federico.

Isela. O. Dios!

Vand. Silencio!

Isela. De Federico? No por el santo cielo! perdonadme...

Vand. Ya se el medio de haceros temblar. Ese era el obstáculo que se oponia al cumplimiento de mis deseos. Isela, oid mi última resolución: ó sois mia, ó tened por muerto à Federico.

Isela. Perdon!

Vand. Silencio! (*ruido fuera.*) Lo juro y lo cumpliré. *Se dispone à marcharse tomando su capa y sombrero.*

Isela. Socorro! No hay quien me favorezca? (*voces dentro*) Quien grita? Allá vamos (*Eslop Catalina y otros criados salen presurosamente armados de garrotes.*)

ESCENA XII.

Cat. Que sucede, señorita?

Eslop. Un hombre aqui? Quien es este danzante? (*Le ataja el paso.*)

Isela. Libertad à Federico de su furia.

Todos. A Federico?

Vand. Dejadme salir.

Cat. Venid, señorita; arrestadle, puesto que tuvo la audacia de violar el sagrado de esta casa. (*Vase con Isela.*)

Eslop. No te muevas asegurémosle, camaradas, y llevémosle ante el burgo-maestre.

Vand. (*Sacando la espada.*) El que se atreva á echarme la mano...

Eslop. Hola! sacas la espada por que nos ves desarmados?... Ahora lo verás. (*Se tira à él, le quita la espada, la rompe y arroja los pedazos al suelo.*)

Vand. Insolente!....

Eslop. Que tal. amigo?—Muchachos, llevémosle ante la justicia.

Vand. Tú te arrepentirás del desacato; yo te lo aseguro.

Eslop. Luego lo veremos.

Todos precipitandose sobre Vandech, y llevandosele.) A la justicia con él.

Eslop. A casa del Burgo—maestre en derechura. (*Van todos.*)

Mutacion.

El teatro representa una gran galería de pintura en el palacio del Baron de Estéven.

ESCENA XIII.

El Conde, el Baron, Magistrados, damas &c.

(*Todos andan de una parte á otra mirando las pinturas, en el fondo de la galería hay otras gentes bailando. El conde de Asensfeld acompañado del Baron de Estéven, del primer Sindico y regidores, atraviesan la galería pasando á otras habitaciones del palacio. Al pasar se detienen todos y los saludan.*)

Baron. (*volviendo atrás á un criado.*) Oyes? Ha vuelto mi hijo? No le veo por aquí.

Criado. Si, señor, volvió cuando estaba vuestra señoría la mesa, y como no pudo hablaros, se marchó al instante.

Baron. (*aparte.*) Cada momento se aumenta mi inquietud: no se que ha sido de Vanrich ni de su hija, ni como explicar una conducta tan estraña. (*Federico la derecha en el fondo de la galería viene lleno de agitación.*) Pero allí viene. (*El conde y su comitiva se han ido al fin por el foro: algunos de los que bailaban se sientan; toman helados y se van. Entretanto sigue la música oyéndose, que se supone estar en la salas interiores. Federico y su padre se buscan y reunen ansiosamente á la boca de la escena.*)

ESCENA XIV,

El Baron Federico.

Fede. (*mirando al rededor con zozobra.*) Padre.

Baron. Ha rato que andaba buscándote.

Fede. En este momento acabo de llegar.

Baron. De donde ?

Fede. De casa de Vaurich por segunda vez.

Baron. Ya me lo dijeron. Y que? le viste, le hablaste ?

Fede. No ha sido posible. Instancias, ruegos, todo fué inútil: no me han dejado entrar, ni permitido ver á Isela un solo instante. Mil veces dije que llevaba un recado vuestro; ni por esas. La contestacion de Dirman era que Vaurich no podia entonces recibir á nadie; y sin embargo se advertia alguna agitacion en la casa por las diferentes luces que á cada paso atravesaban de un aposento á otro por detrás de las vidrieras.

Baron. No penetro semejante misterio. Hay cosa mas extraña !

Fede. Negarse á recibirme !...

Baron. Desaparecer sin hablar en el momento mismo de ir á sentarse á la mesa, dando lugar á una escena que ha puesto en consternacion á los convidados, y á que el banquete fuese el mas triste y silencioso del mundo !

Fede. Sin embargo no faltó quien estuviese bañándose en agua rosada al ver el disgusto de los demas.

Baron. Pues no fue ciertamente el conde de Asenfeld, hijo mio; No echaste de ver cuan cabizbajo y taciturno se mantuvo, y que miradas tan severas echaba al jóven que viene en su compañía ?

Fede. Al auditor Vandech, que durante la mesa estuvo insultándome con cierta sonrisa burlona.

Baron. Insultándote ?

Fede. Se me ha puesto en la cabeza que no tiene poca parte en el incidente que nos trae tan cuidadosos.

Baron. Que disparate !

Fede. Mucho será que me equivoque. Cuando yo di el brazo á Isela, Vandech dijo á Vaurich cuatro palabras al oido, y como inmediatamente se verificò...

ESCENA XV.

El Baron, el Conde, Federico.

(*El Conde aparece en el foro con sus acompañantes como si volviesen de recorrer el resto de la galeria.*)

Baron. Habla bajo.

Fede. (*bajo.*) Será preciso tener una conferencia....

Baron. Con él ?

Fede. Si, señor, pues no es regular que el tal Vandech ni otro alguno....

Conde. (*que oyó lo que hablaban.*) Paréceme, señor *Baron*, que este caballero acaba de pronunciar con cierta vehemencia el nombre del auditor que me acompaña ?

Baron. Cierto que hab'ábamos de él, señor conde, y fue con motivo del acaecimiento inesplicable que nos privó repentinamente de un convidado, que tuve poco antes el honor de presentar á V. E.

Conde. Confieso que el porte poco comedido de Vandech me obliga à pedir os mil perdones; y creed que estoy muy arrepentido de la condescendencia que tuve con los deseos de una familia poderosa, con quien estoy emparentado, sobre que trájese á ese jóven en mi comitiva; debilidad tanto mas notable cuanto sus primeros pasos en el mundo manifestaron ya su carácter impetuoso y pasiones vehementes. Sin embargo en la ocurrencia de hoy os ha hecho un importante servicio.

Baron. A mi ?

Fede. (*aparte.*) Que quiere dar á entender ?...

Conde. Señor *Baron*, mañana si gustais tendremos una conferencia sobre cierto asunto, que es de sumo interés para vos y para vuestra familia.

Baron. Si lo teneis á bien, no hay inconveniente en que ahora mismo...

Conde. No: tengo que tomar antes varias medidas de prudencia con respecto à una persona que merece vuestra estimacion, y yo quisiera proteger.

Baron. Como ?

Fede. Si hará ilusion en esto....

Conde. Ahora no me preguntéis mas, y estad seguro de que el honor de vuestra casa es cosa para mi de la mayor consideracion. Confieso, amigo, que el negocio es espinosísimo, pero no consistirá en mi el que no mejore de aspecto. Bien que si fuese necesario acudiré á otra autoridad superior á la mia, á fin de reparar la fatalidad del destino, y la injusticia de ciertas costumbres.

Fede. Que quiere decir este señor ?

Baron (*aparte.*) No puedo comprender....

Conde. Si, señor *Baron*: tengo antecedentes para creer que mi venida ha de producir algunos resultados satisfactorios para vuestra casa. (*Dispónese el Conde á retirarse con su comitiva.*)

Baron. (*á Federico.*) Vamos, Federico.

Fede. No he perdido al Conde una palabra; pero mi confusion es cada vez mas grande. (*El Baron se apresura á reunirse con el Conde, y se va con él y todos los demas por la izquierda. Federico va siguiéndoles con aire pensativo, y cuando va á entrarse por ser el último de todos, llega Catalina por la derecha, y le detiene.*) El teatro está poco alumbrado.

ESCENA XVI.

Federico, Catalina.

Cat. Chit ! señor Federico !

Fede. Quien ? Hela, Catalina !

Cat. Silencio !... Dejad que se vayan todos, que tengo que hablaros á solas; y no quisiera que nadie me viese.

Fede. Es de parte de Isela ?

Cat. Si.

Fede. Oh ! No me tengais en tanta zozobra: hablad.

Cat. No soy yo; ella es quien quiere hablaros.

Fede. Isela ?

Cat. Sí.

Fede. Donde está?

Cat. Aquí muy cerca ... junto á los jardines.

Fede. Dios mio! de noche y con un frio tan horroroso!...

Cat. Dirman la está acompañando, por no atrevernos a venir solas. No estrañareis este arrojito cuando sepais que la obliga el riesgo de vuestra vida. ¿Creeis que podrá hablaros un instante en este sitio sin que nadie la vea!

Fede. Sí: id corriendo á buscarla, y por Dios no tardeis.
(*Vase Catalina.*)

ESCENA XVII.

Fede. (*solo.*) Venir sola y en secreto! Gran motivo debe haber para obligarla á un paso de esta naturaleza. Teme el riesgo que amenaza mi vida! Ay! Que me importa cuando el alma padece los tormentos mas atroces!... En fin, pronto sabremos que estraña novedad.... Mi corazon se estremece!.. (*Isela sale con Catalina.*) Ya están aquí. (*Corre hacia ella.*)

ESCENA XVIII.

Federico, Isela, Catalina.

Fede. Adorada Isela. (*Isela llega trémula y casi desmayada: Catalina y Federico la sostienen. Viene envuelta en un capoton de pieles que le quita Catalina, y la hace sentar.*)

Cat. Ved que acongojada está!

Isela. (*sentada.*) Estamos solos?

Fede. Desechad todo temor.

Cat. Dirman queda esperando al pie de la escalera del jardin, y yo me pondré junto á esta puerta. Al menor rumor acudiremos. (*vase Catalina.*)

ESCENA XIX.

Federico, Isela.

ele. Por que temblais, Isela? ¿Como estais tan afligida, tan acongojada? Que peligros nos rodean? Por que os salisteis del palacio en el momento de sentáros à comer? Sacadme por Dios de la ansiedad que padezco. No lo merece mi amor?

sela. (poniéndose en pie.) Federico, vengo á hablaros por la postrera vez, y acaso no debiera hacerlo, pues mi padre solo me dió permiso para escribiros. Antes de dejar á Holanda para siempre, quise venir à protestáros con todo mi corazon que no soy culpable.

Fede. Vos ausentáros, Isela mia? Es un sueño? Vos dejar para siempre la Holanda? Cabalmente cuando mi amor.. cuando mi matrimonio... (ella le ataja con el gesto.)

Isela. Nuestro matrimonio?... No le nombres, Federico. Ay! Es imposible.

Fede. Imposible! No sabeis que esa palabra es mi sentencia de muerte?

Isela. Ah! y la mia!

Fede. No sé que veo en tus lágrimas y en tus acentos que me llena de horror. Que misterio es este, bien mio? Tu corazon no conoce la falsedad ni la inconstancia: tu amor... Como he de dudar de su fineza?.. Acaso tu padre?... Te estremeces? Ya sé que hoy mismo rehusó tu mano á las instancias del mio. Si tal vez mi nobleza irrita la altivez generosa de su ánimo... O Isela mia! Desde luego renunciaria á ella si estuviese en mi mano. ¿Y tendrá la inhumanidad de condenarnos á ser eternamente infelices por un motivo tan frívolo?

Isela. No, no es él quien nos condena... es el cielo... yo misma.

Fede. Me infundís un terror que me hiela la sangre. Que ha sucedido? que terrible arcano es ese? Perdeis el color? Vais á caer desmayada? (Va á sostenerla en sus brazos.)

Isela. (apartàndole de si con veemencia.) Ah! No me lo-
queis: temed que mi oprobio os contamine.

Fede. Que delirio, Isela! Vuelve por tí: esas palabras no
salen de tu corazon, ni las dicta tu entendimiento. Tu
contaminarme? tú que eres el ídolo de tu padre, modelo
de las virtudes, gloria de estas provincias....

Isela. En breve tiempo... antes de dos horas.... si os
avergonzais de haberme amado, si desterrais de vues-
tro corazon mi odioso recuerdo: si al oír mi nombre
os llenais de horror..... ah! á lo menos no me
acuseis, ni culpeis en tiempo alguno. Tened piedad de
mi, Federico: perdonadme, pues os juro que no he que-
rido engañaros.

Fede. No puedo resistir suplicio semejante. El secreto que
me ocultais no es capaz de aumentar, sea el que fue-
re, el martirio que estoy padeciendõ. Hablad claro por
Dios. Que ley, que poder, que destino nos separa?

Isela. Todas las leyes, el mundo entero. Pero un enemi-
go cruel no se satisface con mis lágrimas, y para com-
pletar su venganza aspira à derramar vuestra sangre.

Fede. Un enemigo?

Isela. Si, lo ha jurado. Atemorizada por sus amenazas,
llena de congoja al pensar en vuestro riesgo y en el
crimen que iba à cometer, no pude resolverme à ege-
cutar mi fuga, sin preservar antes vuestra vida de las
asechanzas de un hombre frenético.)

Fede. Ya empiezo à traslucir.... Ese hombre, ese enemi-
go, ese rival sediento de mi sangre, no puede ser otro
que Vandech.

Isela. No hay duda.

Fede. Es vuestro amante?

Isela. Tiene la osadía de importunarme, de seguir mis
pasos.

Fede. Y por èl rompes los vínculos que nos unen! No
hace mas que presentarse y nuestro matrimonio queda
desecho.... Os ve, os habla..... y vos misma confesais
que esta noche disponeis secretamente la fuga. Sos-
pechas tan atroces....

Isela. Ah! Federico!

e. (*con calor.*) Que poder tiene ese hombre en vuestro corazon? Que titulos son los suyos para que le bedezcais tan ciegame? *v. v. v.*

a. Federico!

e. (*con mas veemencia.*) Quiere asesinarme por poseeros?... Ah! No le disputaré un corazon que me ha ngañado asi. A todo renuncio, á la felicidad, á la vida! Sí; la muerte es lo que deseo; pero despues de engado.

a. Federico!

e. Temblais? Por él sin duda?

a. No trato de desarmar vuestro enojo, pero descargad esa cólera contra mi sola. No titubeeis en traspasar mi corazon, pues le teneis por deseal y por falso. Dadme la muerte: libradme del tormento y del horror de vivir. (*Va à caer sin sentido, y él la sostiene y abraza.*)

e. Isela! Gran Dios! Esa congoja confirma tu delito, ó es prueba de tu amor. (*Vandech sale presuroso del fondo de la galeria y ve à Isela en brazos de Federico.*)

ESCENA XX.

Vandech, Federico, Isela.

nd. Que miro?... Vènguenme las furias infernales. (*saca la espada*)

e. (*sacando la suya*) Eres tú!... El cielo me ha oido. Conozco tus designios, tu furor, tus pretensiones! No quieres asesinarme? Llega, que te detiene?

ela (*metiéndose entre las espadas.*) Aguardad! Que haceis!

nd. Sí, rival odioso; buscándote venia para atravesarte el corazon.

ela. Socorro! Dios mio!

nd. Tanto derecho tengo yo como tú á la hija de Pólder, el verdugo de Amsterdam.

ela. (*cayendo en el suelo sin sentido*). Ay!

Fede. Vil impostor! Teme mi venganza. (Arrojase sobre Vandech : crúzanse las espadas : Dirman y Catalina salen corriendo , y gritan : favor , socorro ! Isela se desmayada ; Vandech cae traspasado de una herida mortal , y Federico se precipita sobre el cuerpo de Isela ,vantandola en parte , y sosteniéndola en su rodilla. Los criados esfuerzan el grito : salen todos , llenándola de gentes y de luces la galería.

ESCENA. XXI.

El Conde , el Baron , Vandech , Federico , Isela , Catalina ; Müller , regidores , convidados etc.

Dirman y Cat. Socorro ! socorro ! Favor !
Baron. Que gritos ? Que tumulto !... Hija ! Federico (Reparán en Vandech).

Todos. Ah !
Müller (acudiendo à sostenerlo.) Cielos está espirando ! silencio y pasmo general.

Vand. (à Müller que le sostiene , con voz boja.) Müller , véngame. (levanta la cabeza buscando à rival con la vista y señalándole despues con la mano) Ese es quien me ha muerto.

Conde. O Dios !

Baron. Mi hijo !

Vand. Pero Vanrich me vengará por su propia mano.

Todos. Vanrich !

Vand. Si... Vanrich... El verdugo. Yo muero.

Todos. (gritan aterrados). Que horror ! (Consternacion general en todos los personajes , que la espresan en las actitudes propias de la parte que cada uno toma en el suceso. El telon cae y oculta este cuadro

ACTO TERCERO.

El teatro representa una sala de la ciudad. En el foro à la derecha una ventana grande, cuya reja cae à plaza, y à la izquierda en el mismo foro una puerta. Mas hàcia la boca del teatro dos puertas laterales se ven enfrente de otra.

ESCENA I.

Dirman, Eslop, Catalina, habitantes de la Isla de Voorn, soldados.

(Al levantarse el telon los habitantes que han podido entrar en la casa de la ciudad ocupan la sala conagua à la en que está reunido el tribunal. Catalina al frente de la cabeza de un grupo de mugeres aplica el oido à la puerta de la derecha, cuya entrada guarda un centinela. En medio de la bulla hay otras dos ó tres parejas para contener la gente: entre las varias personas que hay en la sala, la mas visible es Eslop. Dirman está al lado izquierdo con semblante abatido).

Eslop. (à las mugeres que tiene al lado). Callad cotorras, que no dejais oir una palabra. No es bueno que estas malditas hablan mas alto que los jueces?

Dirman. Asi es.

Eslop. No haceis mas que charlar. No es mejor que escuchéis? Digo, señora Catalina, ois alguna cosa?

Catalina. Si: estoy oyendo la voz de nuestra pobre señorita.

Eslop. Y que es lo que dice?

Catalina. Que el señorito Federico no fué el agresor, que el otro vino hecho una furia à provocarle, y se vió obligado à sacar la espada en legítima defensa.

Eslop. Dice muy bien. No faltaba mas, si no que uno dejase matar sin decir esta boca es mia.

Catal. El señor Federico, atestigua delante de Dios, que esa es la verdad. Ahora le contesta el primer Sindico.
Silencio!

Dirman. Escuchad.

Catal. Que picaron! Como se conoce que no quiere burlarse al señorito?

Eslop. Yo lo creo, como que es pariente del difunto: el hombre no debiera ser juez en esta causa.

Catal. Dice que un duelo..... de noche..... sin testigos, debe reputarse como un asesinato. Valgame Dios! Mucho me temo....

Dirm. Quien sabe? No hay que perder las esperanzas

Catal. (siempre mirando por la cerradura). Ay, como se levantan!

Dirm. Eso es que van á votar. Este es el trance temido

Catal. Recemos por el pobre señorito.

Todos. Si, si, recemos. (silencio religioso: se ponen de rodillas y rezan para si. Llaman por dentro á la puerta de la derecha, y se ponen todos á escuchar y levantanse).

Guiller. (por dentro.) Abrid..... de parte del primer sindico. (Al oírle se levantan todos, y reina gran confusión por querer agolparse á la puerta de la derecha á ver lo que pasa en el tribunal.)

Una voz. Que me estoy ahogando!

Otra. Por vida! que me has despachurrado un pie!

3.a voz. No deis de codazos á nadie.

4.a voz. Y qué? no puedo yo mirar lo mismo que cualquiera?

5.a voz. Quien diablos os lo impide?

Eslop. Pero si está la puerta cerrada, que es lo que impide de ver estas gentes?

Guiller. Abrid centinela.

Centinela. Atras, señores. (Consigue con mil trabajos apartar la gente y abrir la puerta.)

ESCENA II.

Los mismos y Guillermo.

Dirman. Es Guillermo.

Eslop. El criado del primer Sindico: algo nos dirá. (*Rodean todos á Guillermo, de modo que no le dejan mover.*)

Catal. Y bien, señor Guillermo, hay esperanzas?

Eslop. No es verdad que no peligra su vida?

Dirm. (*á Guillermo*) ¿Que juicio habeis formado del exito.....

Eslop. El exito, el exito.... no puede menos de ser favorable. Habian de condenar á ese jóven bizarro? Que desatino! Si sabrè yo lo que es justicia aun que no soy mas que un marinero? como que apostaria mi barca de pescar contra una libra de tabaco á que.....

Guiller. Callad, buen amigo, y no digais disparates. Quien os mete á hablar de justicia, sino entendeis una palabra de eso? Sabeis tan siquiera que cosa es justicia?

Eslop. Como que no? Mucho que lo sé.

Guiller. Pues vaya, que cosa es? sepamos.

Eslop. Justicia es..... yo lo dirè..... aquello que es justo.

Guiller. Pues, señor, no hay semejante cosa. No dije yo que no entendiais palabra? La justicia, amigo, es la ley, porque jus icia..... primero hace la ley, y luego la ley hace la justicia.

Eslop. Hombre eso es una algarabia que no prueba maldita la cosa.

Guiller. Como que no? Mucho que prueba! prueba que el negocio no está tan llano como vosotros os figurais. (*Se acercan mas á Guillermo, y él quiere irse.*)

Todos. Ay Dios mio!

Dirman. Lo decis de veras?

Catal. Temeis acaso?

Guiller. Temer yo? no, no temo nada; pero la ley está terminante. Hay asesinato?.....

Eslop. Ya se vé que no lo es: el hijo del señor Barón peleó con toda legalidad.

Guiller. Eso es lo que él dice; pero la cosa pasó de noche, y sin testigos..... y la declaracion del moribundo...

Dirman. No puede admitirse como prueba legal.

Guiller. La ley no distingue, y aunque fuese como vos decis, siempre saldria condenado. La ley castiga el dolo en los propios términos que el homicidio, pronunciando en ambos casos la pena capital.

Todos. Pobre jóven!

Guiller. Solo que en caso de duelo no se sigue infamia Digo; si entenderé yo la materia, siendo criado del primer sindico! Eh' pero dejadme pasar, que tengo que hacer una diligencia importante, y me estais deteniendo hace una hora. (*Dejan ir à Guillermo.*)

Todos. (*consternados.*) Pobre infeliz!

ESCENA III.

Dirman, Eslop, Catalina, habitantes, Müller, (se oye dentro à la derecha la campanilla del presidente.)

Dirman. Ya salen los jueces; la cosa está decidida.

Catal. Que será Dios mio!

Eslop. El corazon me palpita de un modo.... Y eso que no soy de los,....

Müll. (*à los soldados.*) Haced salir à todo el mundo.

Todos. Pero, señor, cual es la sentencia?

Müll. Ya la sabreis; retiraos. (*Echan fuera los soldados à la gente, y se colocan à la puerta.*)

ESCENA IV.

Conde, Müller, regidores, soldados.

Conde (aparte.) No ha sido posible salvarle: siempre creí lo mismo. La ley es inflexible, y á su vista enmudccen todos los afectos. Los jueces han cumplido con su obligacion.

Müll. (en el foro. Poned guardia doble en la casa de la ciudad y en la cárcel. (á los regidores.) Señores, nuestros penosos deberes estan cumplidos (aparte.) Vandech quedará vengado. (Los regidores hacen una cortesía al Conde, y salen por la puerta de la izquierda del foro.)
onde (á Müller.) Tened la bondad de ir á ver en mi nombre á Federico, y preguntadle si tiene que añadir alguna cosa que pueda favorecerle.

Müll. Está muy bien. (Vase.)

ESCENA V.

onde. (solo.) Demasiado cierto ha sido mí fatal pronóstico. Este infeliz mancebo, que segun he podido inferir goza de la estimacion general, sufrirá la pena que merecia su adversario. Sin embargo no pierdo las esperanzas. A consecuencia del aviso que durante la vista del proceso envié al varon de Estéven, se habrá puesto en camino para el Haya, y conseguirá sin duda la suspension de la sentencia, que no está en mi mano conceder. Por otra parte el secreto de Pólder no se ha divulgado habiendo muerto el único que lo sabia. Asi la sentencia quedará suspensa por falta de ejecutor, y entretanto veré al Estatouder, le presentaré el recurso de gracia, y quizá....

ESCENA VI.

El Conde, Müller.

Müll. Señor Conde, el reo dá las gracias á V. E. y dice que nada mas tiene que añadir en descargo suyo.

onde. (aparte.) No importa: espero poder salvarle.

Müller. Segun los términos de la ley, la sentencia dada contra Federico de Estéven, debe tener cabal egecucion en el plazo de dos horas. Supongo que V. E. tendrá ya dadas al efecto sus disposiciones?

onde. Nunca preveo la condenacion de ningun delincuente, y cuando contra mis deseos la pronuncia mi con-

ciencia, dejo siempre á cargo de otros el cuidado de ejecutarla.

Müller. En tal caso debo descubrir á V. E. un secreto que he logrado averiguar, y es muy conforme al interés público. Ayer se trató de indagar el paradero de Pólder de Amstèrdam: sabed que se halla aquí.

Conde. (*aparte.*) Qué contratiempo! (*alto.*) Teneis entera seguridad de lo que afirmáis?

Müller. Pronto la tendreis vos mismo. Vanrich está mandado llamar, y podeis examinarle.

Conde. (*aparte.*) No hay remedio: á menos que el Barón consiga la gracia de su hijo, no es posible salvarle.

ESCENA VII.

El Conde, Müller, Pólder.

(*Pólder entra despacio (por la derecha) pálido y desfigurado: la satisfaccion del primer Síndico aparece en sus ojos.*)

Pold. Sois vos quien me manda comparecer, señor Conde? Procedo mi detencion aquí de las órdenes de V. E.

Conde. No á fé: yo no he dado en el particular órden alguna.

Pold. Quien es, pues, el que me priva de mi libertad?

Müller. Yo. Supe que ibais á salir de la isla, y debí estorbarlo.

Pold. Por que? acaso no soy libre de hacerlo?

Mülle. No; la ley prohibe al egecutor de la justicia dejar su residencia sin permiso del tribunal.

Pold. (*con voz débil.*) No os entiendo.

Mülle. La ficcion y el disimulo son inútiles. Se ha fallado una causa criminal, y por vuestro oficio estais obligado á ejecutarla.

Pold. Yo!....

Mull. Si, vos, Pólder, hijo y sucesor del verdugo de Amstèrdam.

Pold. No soy yo.

aller. Vos sois: el señor Conde no lo ignora, pues mi desgraciado sobrino le enteró de todo el día antes de su muerte, así como este me lo reveló á mi estando en la agonía. Si os obstináis en negarlo no faltan testimonios que os dejen confundido, y sobre todo apelo á vuestra conciencia. Decís que no sois Pólder, el hijo y sucesor del verdugo de Amsterdam? Juradlo, poniendo por testigo al cielo. Parece que os turbais, y que os falta el ánimo para cometer un perjurio. Disponeos, pues á egercer dentro de dos horas los deberes de vuestro ministerio.

old. Yo quitar la vida á un desgraciado?..... y á quien? santo cielo! (*se echa á los pies del Conde.*) Favor! favor, señor Conde! las manos que levanto para imploraros jamas han derramado sangre humana. No me condeneis á tan horrible y afrentosa necesidad! Dispensadme de semejante oprobio!

onde. Levantaos, infeliz: os conozco, y vuestra repugnancia y desesperacion no pueden sorprenderme.

Póld. Ah! La compasion que teneis de mi es obra de la bondad del criador; pero suplico á V. E. que la piedad que se digna egercer conmigo no quede reducida á un estéril sentimiento. Nadie sino los presentes tienen noticia de este horrible arcano. Por Dios no estorbeis mi fuga.

Müll. No lo esperéis.

Póld. Señor Conde, concededme esta gracia.

Conde. Si un magistrado sigue las inspiraciones de la clemencia, puede contar con mi disimulo; mas si se empeña en observar el rigor de las leyes, no está en mi mano impedirlo.

Póld. (*à Müller.*) Ya lo oís: en vos solo consiste.

Müll. Perteneceis al estado; nacisteis á las ordenes de la justicia. Ella lo manda, y solo os toca obedecer.

Póld. Acaso no quedé libre de tan funesta obligacion, renunciando á mi nombre, á mi familia, á mis bienes, y rompiendo los vínculos todos de la sociedad y de la naturaleza?

Müll. No pudisteis hacerlo.

Póld. Por que no? Grabada en mi corazon está uua le-
mas poderosa que las instituciones humanas, que no
prohibe derramar la sangre de mis semejantes.

Müll. Los jueces, no vos, son los que daràn cuenta
cielo de la justicia con que se derrama.

Póld. Y sentiré por eso menos horror de verterla?

Müll. Quien hiere al criminal es la ley: ella es quien
castiga por vuestra mano.

Póld. Mi religion,.....

Müll. Os absuelve. No haceis mas que obedecer á la jus-
ticia.

Póld. Jamas lo harè!

Müll. Yo sabrè obligaros.

Póld. Barbaro! Cuan á las claras se descubre vuestra vi-
é inhumana envidia! Está bien: puesto que no hay ape-
lacion ni recurso, diré la verdad en presencia del pri-
mer magistrado de Holanda. Deseais envilecerme, por
que he merecido la estimacion y el afecto de mis con-
ciudadanos, y á vos os aborrecen de muerte. No podeis
sufrir el que los infelices me colmen de bendiciones, y
os irritais de oir que esta isla me deba su prosperidad.
Mis crímenes no se reducen á esto solo. Cuando el ra-
yo que atrajeron tal vez las maldiciones del pueblo
redujo á cenizas vuestra casa, me arrojé en ella es-
poniendo por vos mi vida, saqué de entre las llamas á
vuestros hijos, y los entregué salvos en vuestros bra-
zos por entre el fuego y los escombros humeantes. Des-
pues de aquel infortunio os dí caudales con que reedi-
ficar vnestra casa; y vuestra esposa é hijos me llama-
ban su angel tutelar. Entonces tuvo principio el odio
que abrigais en vuestro pecho.

Müll. Que osadia es esa? Habeis olvidado quien sois vos
y quien soy yo?

Póld. No: soy el ejecutor de la justicia; tu lo has dicho.
Escúchame que ahora estoy egerciendo mis funciones.
Deseabas mi ruina; ya están satisfechos tus deseos. Creia
haber apurado todos los horrores de mi situacion, vien-
dome condenado por ti á la fuga, al destierro, á la in-
famia, y al dolor de presenciar la desesperacion de mi

hija; pero la prueba que ahora me preparas, solo el inferno pudo habertela dictado. Has condenado á muerte al jóven que adora mi hija, al que en medio de que o rehusaba su enlace, amaba como á hijo mio, al que engó á mi Isela de los ultrages de un desalmado. En premio de su amor y de su generoso esfuerzo. firmas tu muerte, y en ella la de mi hija. ¡Y aun no se sacia de lágrimas y de sangre un corazon como el tuyo! Quieras que mis propias manos dividan la garganta de ese infeliz mancebo, y presenten á mi hija vertiendo sangre la cabeza de mi libertador! Inhumano! Perdonadme Dios. A no ser por el horror con que miro todo rimen, y por el juramento que tengo hecho, empezaria por tí la obra á que quierdes forzarme.

Conde. Vanrich!

Mull. Miserable!

Conde. Considerad que es un magistrado.

Mull. (con amarga ironia.) El órgano imparcial de las leyes?..... Preguntelo á su conciencia..... Compare su razon con mi desesperacion, mis lágrimas con su victoria, y verá que él es quien debiera hallarse en mi lugar. Si en tu pecho es donde realmente palpita el corazon de un verdugo.

Mull. Nadie te librará de mi venganza. (Dan golpes á la ventana por fuera.) (Voces.) Que se publique la sentencia!

Mull. (abriendo la ventana un poco.) (se oyen fuera voces, confusion, tropel.) Señor Conde, las gentes empiezan á alborotarse, y es preciso refrenar tales escesos.

Conde. Esos clamores indican su impaciencia, y el interes que inspira el infeliz, cuya suerte desean conocer. Haced que traigan al reo. (Vase Muller por la derecha.)

ESCENA VIII.

Conde, Polder.

Conde. Polder, vuestra situación es terrible, y lejos de extrañar que perturbe vuestra razon, me conduelo del es-

tado á que os veis reducido. Pero pensad que es vuestro deber someteros por ahora á una prueba tan repugnante. Resignaos con la voluntad del cielo, y con probabilidad de que antes del momento fatal, llegu á ordenes que retarden, y acaso nos eviten tan lastimosa catástrofe. Creedme: armaos de conformidad y de esperanza.

Pold. (con acento doloroso.) Ah! Señor!

Conde. Gente viene: animo y fortaleza!

ESCENA IX.

Conde, Muller, Federico, Polder.

Federico llega por la derecha entre algunos soldados, Müller tras ellos: los demas regidores por la puerta del foro, colocandose oblicuamente. Polder está al lado derecho sin verle Federico.

Conde. (á Muller.) Leed la sentencia en alta voz. (Muller hace señas á Federico de que se hingue de rodillas, cara á los jueces, y lo hace así volviendo á Polder espalda.)

Polder. (aparte.) Dadme esfuerzo, Dios mio!

Mull. (con voz fuerte.) La ley condena el homicidio y duelo con la pena de muerte. José Federico de Estévez culpable de duelo y homicidio debe sufrir la pena capital. (Se siente ruido en lo exterior, y cierra un soldado la ventana.) Estad prevenido, Polder: la ejecucion del fallo se verificará á las cinco. (Federico se pone en pie y al ver el asombro de los regidores que miran á Polder, vuelve hacia él el rostro y esclama.)

Feder. Es posible?..... Vanrich!

Polder. (bajo á Federico.) Aun hay esperanza. (Vase Polder por la derecha, Muller y los regidores por la izquierda.)

ESCENA X.

Federico y el Conde.

e. Señor Federico, el cielo ha concedido à los soberanos la gracia de perdonar. Vuestro padre salió esta madrugada para la corte à echarse à los pies del Estándar, y espero que no tarde mucho en volver con elardon.

Estoy seguro de merecerle, pues mi conciencia me asegura que la accion que cometí es digna de la clemencia del Soberano: pero vuestros deseos de salvarme vida prueban que no conoceis hasta donde llega mi desgracia.

de. (aparte.) Me parte el corazon!

No se si se me prohíbe toda especie de comunicacion.

de. Que es lo que deseais?

l. Quisiera hablar dos palabras con la hija de Vanrich.

de. Está bien.

l. No sabeis cuanto me alienta vuestra bondad! Tengo derecho en el caso en que estoy para disponer de mis bienes?

de. Como gustareis.

d. Disimulad, señor, mi importunidad, pero quisiera saber si estando como estoy ligado secretamente con los vinculos del matrimonio, bastará esta declaracion inserta en mi testamento para que mi viuda herede mis títulos, réntas y apellidos?

onde. Si, pero es indispensable que el testamento exprese con toda claridad los nombres, circunstancias y residencia de la esposa.

ed. Y en esos términos queda firme y valedero?

onde. Sin género de duda.

ed. Ah! Vos sois mi angel consolador! Esa seguridad tranquiliza mi ánimo, y me descarga de un peso terrible. *(Entra un criado, y entrega una carta al Conde que la abre apresurado.)*

Conde. (leyendo.) Del Haya !..... Es del Baron. “ Se
Conde: El Estatouder, dejando esta residencia tomó
ta mañana el camino de Harlein.....” Que azar! “ C
ro en su alcance.....” No llegará á tiempo. “ Si no
logro ¿que será de mi hijo? Imploro de rodillas vues
conmiseracion suplicándoos que suspendais la ejecuci
de la sentencia, siquiera cuarenta y ocho horas. Esa
la única esperanza del desventurado—Baron de Es
ven.” Que fatalidad! Pide un imposible: mis facultad
no se estienden á taato. Pobre jóven! No hay arbit
alguno. (*A Federico que se deja caer un poco antes
una silla al lado izquierdo con ademan abatido.*) Señ
de Estéven, voy á disponer que venga Isela Vanrich
que le permitan la entrada.

Fed. O señor Conde! Vuestras bondades me llenan de gra
titud. (*Vase el Conde.*)

ESCENA XI.

Federico (solo.) El empeño es salvarme la vida, porqu
ignoran el horror de mi situacion. Viviendo, me sepa
raria de mi Isela una valla insuperable, y si muero l
salvo de un nombre ignominioso. Si, quiero dejar
mundo este ejemplo de amor y de justicia. (*saca del p
cho un papel, y le pone sobre la mesa.*) Por lo meno
esta vez no será la virtud víctima de odiosas preocu
paciones. Si, querida Isela, antes de mi muerte procur
aré borrar la mancha que te deslustra. En vez de
nombre que fuera para ti un eterno suplicio, te dejar
el mio, y con él mis bienes y mi nobleza. Los hombre
admirarán viéndome en la tumba un hecho que afea
rían si su galardón fuera la ventura de poseerte. Seme
jante accion nos honra á entrambos: el corazon me lo
dice, Isela, tendré el consuelo de que vivas menos in
feliz. Ah! Ya la veo. (*corre hacia Isela, que se queda
parada en el foro, y se cubre los ojos con la mano.*)

ESCENA XII.

Federico, Isela (vestida de luto.)

Amada Isela! Al fin tengo la dicha de volver á
te!

(Con los ojos bajos.) Federico, mi padre ha logrado
suadirme que vuestra vida no corre riesgo. Los ha-
nantes de esta isla han ido en tropel á las riberas
Moña, y con los ojos fijos en el Haya, están es-
tando la vuelta de vuestro padre, y confían en que
tes del momento fatal estará en el puerto. . Yo lo creo
, pues conservo la vida. Mas tengo esperanzas de
rderla muy pronto, y antes de dejar el mundo, ven-
á pediros perdon una y mil veces. *(arrodillándose.)*

(levantándola.) Tú á mis pies arrodillada? Tú pi-
endo perdon? Y de que? Dios mio! De que?... vir-
osa é inocente Isela?

. De la vergüenza que os resulta de mi propia igno-
nia. Yo la ignoraba: pongo al cielo por testigo. A te-
r la mas leve noticia, no os hubiera permitido amar-
e. Pueda al menos morir sin merecer vuestra aver-
on!

. *(echandola los brazos.)* Que es lo que dices?... Por
amor que te juré para toda la vida, por el titulo de
posa que te dí tantas veces en mi corazon, y que
pito ahora en alta voz con la mayor complacencia,
pido que semejante injuria no vuelva á salir de tu
bio. Aversion! Que has hecho tú para merecerla?
ue has hecho para que mis brazos te rechacen? No
es que nuestra ternura recibe mayor incremento de
uestro infortunio? He tenido jamás la audacia de es-
recharte, como ahora, contra mi corazon? No, Isela;
o, esposa adorada, jamás has sido tan mia, como en
ste momento, y Federico será tuyo hasta exhalar el
ultimo suspiro.

a. Ah! moriré á lo menos sin haber perdido su esti-
nacion y su amor. Ya nada me queda que hacer, sino

el sacrificio de mi misma. A Dios, Federico, á Dios *Fede*. Aguarda: antes de separarnos quiero dejarte un timonio esclarecido del amor que me han inspirado virtudes. Prometes obedecerme ?

Isela. Sí ; vuestra es mi vida : mandad lo que gustéis

Fede. En este papel está espresa mi voluntad. Al padre es un deber el que te impongo , es tambien una gloria que te pido. Mas para que tenga efecto , es indispensable insertar tu nombre.

Isela. Y no puedo yo saber ?...

Fede. (*se sienta á la mesa y escribe.*) Haz lo que te plico.

Isela. Carlota Isela.... (*No se atreve á pronunciar el nombre de su padre y se tapa la cara.*)

Fede. Basta: lo demás ya lo sé (*dobra el papel.*) Entrega de mis armas. (*Sella el papel y se lo dá á Isela llorando y como distraida.*) Guárdale con cuidado.

Isela. Yo os lo ofrezco.

Fede. Ahora no dudes que eres esposa mia. (*La abraza estrechamente: dan las cinco. Aparte.*) Las cinco! La asombrada é inquieta mira al rededor sin desprenderse de los brazos de Federico.)

ESCENA XIII.

Federico, Isela (á la izquierda hacia el foro) Muller dados, carceleros y despues Polder.

(*Los soldados se quedan detras, Muller se adelanta poco, y da á entender con el gesto á Federico que ha pasado el momento.*)

Isela (consternada.) A que vienen?... Que es esto?.. han engañado! Señor! (*corre hacia Muller: en este momento aparece Polder á la puerta de la izquierda: ella da un grito horrorizada, y cae con un desmayo*)

Fed. (*acudiendo á levantarla.*) *Isela!* esposa mia!

Mull. Venid. (*Hace seña á los carceleros, que se llaman á Isela por la derecha.*)

(volviendo la cara.) Vanrich! Esto mas! Dios justo!
se cubre el rostro y vase: le siguen todos.)

Mutacion.

El teatro representa una parte de lo exterior de la ciudad. A derecha é izquierda se ven casas cubiertas de nieve y en el foro la desembocadura del rio Mosa totalmente helado. Los árboles sin hoja, y todo lo demas presentan el aspecto de un invierno riguroso.

ESCENA XIV.

Catalina, Paisanos, Marineros, y Eslop.

ven varias gentes atravesando el rio en trineos y otros corriendo patines por la superficie helada del rio. En fin una copia animada de un cuadro de Van-Ostade.)
Catal. (entrando por la derecha al frente de un tropel de mugeres.) Miradle, miradle: (señalando á la izquierda.)

Quien lo hubiera creido? El infame Müller ha tenido la audacia de levantar ese cadalso á impulsos de su venganza.

Eslop. (á la cabeza de un grupo de marineros.) Vereis que pronto le echamos abajo nosotros, señora Catalina. (Voces del pueblo.) Si, si: bien hecho.

Eslop. Pues que? Se ha de decir que á nuestras barbas se ha quitado la vida al señorito Federico, y para ello nuestro bienhechor, el padre de todos nosotros ha de hacer oficio de..... Por vida!

Eslos. Eso no, de ningun modo.

Catal. Hablas como fiel criado.

Eslop. Con que? vamos á ello? Quedaos aqui, señora Catalina, y vereis lo que es bueno.

Eslos. Si, si, vamos cuanto antes (corren hacia la izquierda con sendos garrotes, y á muy poco tiempo se oyen los golpes que dan en el cadalso.)

ESCENA XV.

Los mismos, Muller.

Mull. (apresurado.) Quien es el que da esos golpes? que miro! *(hablando hacia el lado izquierdo.)* Digo, haceis ahí? Fuera todo el mundo. *(El populacho le c testá con silvidos.)* Es ese el modo de obedecer á magistrado? *(Un terrible estrépito anuncia la ca del cadalso en medio de nuevos gritos de la plebe.)* nalla! Este es un hecho tumultuario digno del cas mas severo. Hola, soldados! acometed à esos alborx dores. *(Sale un destacamento con su oficial al fre y se colocan à la izquierda. Catalina, los marine calafates y demas plebe ocupan la derecha.)*

Catal. (à los soldados.) Deteneos.

Mull. Como teneis atrevimiento!.....

Eslop. Primero nos dejaremos hacer pedazos aqui mis que consentir que se afrente de ese modo à un ho bre tan bueno y caritativo, como el señor Vaurich. T ne acaso traza ni acciones de verdugo? Eso es u maldad, señor Sindico.

Pueblo. Es una gran picardia.

Mull. No hay ya Vaurich en el mundo: es Polder Amsterdam, y la ley le obliga à egercer su oficio. vosotros solo os toca callar y obedecer. *(El pueblo ahucha.)*

Mull. Esa es ya mucha insolencia. Soldados!

ESCENA XVI.

Los mismos, el Conde, soldados, paisanos.

(Eslop, Catalina, y los grupos de gente corren à ech se à los pies del Conde.)

Catal. Señor Conde, gracia en favor de nuestro padre!

Pueblo. Gracia para nuestro bienhechor!

Conde. La voz de un magistrado debe imponer mas

sion y respeto á los hombres de bien, que el aspecto de la fuerza armada. Amigos, no está en mi mano suspender el curso de la justicia. Sus decisiones deben ser para nosotros como los decretos del cielo.

op. Pero señor, ¿es posible que no ha de haber arbitrio para evitar á nuestro bienhechor....

al. Es posible que el primer juez de Holanda no tenga autoridad para impedir esta ejecucion horrorosa?

de. Nadie es superior á las leyes de su pais: mi obligacion por el contrario consiste en hacer cumplirlas. El Ciudadano que se opone á su egecucion comete un crimen. Creed que si hubiese un medio de salvar á vuestro amigo, le aprovecharia con no menos ansia que vosotros. Tal vez podrá llegar el caso..... Pero entretanto os mando que tengais resignacion, y sobre todo sumision y obediencia.

ull. Levantad el cadalso, que el reo se acerca.

ESCENA XVII.

Müller, el Conde, Federico, Pólder y el acompañamiento del reo; Estop, Catalina, pueblo.

El acompañamiento sale por la izquierda del foro: el reo viene entre dos filas de soldados. Al llegar al medio del teatro y cerca del Conde, se detiene Pólder a hablarle. El populacho se coloca á la derecha en ademan triste y silencioso.)

Pold. (al Conde,) Señor, no es posible suspender un instante?.....

Pueblo. Señor, gracia.

Conde. Hijos, mi autoridad no alcanza á tanto. Eso nadie puede concederoslo sino el Estatouder.

Mull. Marchad. (sigue andando la comitiva.)

Pold. (que se ha quedado detras un momento, dice hablando consigo mismo.) No hay remedio. Es preciso.... Ya no hay otra esperanza. (Sigue presuroso á la comitiva y desaparecc.)

ESCENA XVIII.

Los mismos, menos Federico y Polder.

Eslop. (á la plebe.) Que hacemos? Seremos tan viles consintamos esta infamia?

Pueblo. No, no: corramos á librarle. *(Movimiento del pueblo por precipitarse al lugar del suplicio.)*

Conde (atravesandose delante.) Conteneos, hijos mios.

Pueblo. (conteniendose.) Señor, dadnos á nuestro Vanr...
(Corren los soldados y cierran el paso que conduce al lugar del suplicio.)

Mull. Soldados, acometedles.

Conde. (poniendose entre los soldados y el pueblo.) Re...
raos..... obedeced.

Mull. Haced un escarmiento.

Conde. (despues de contener con su ademan al pueblo á los soldados, dice con voz turbada, mirando primeramente hacia el lugar del suplicio, y volviendo el rostro opuesto de repente.) ¡Dios te reciba! *(Silencio de terror suena fuera un hachazo: grito general de horror á la izquierda. La plebe corre hacia el mismo lado asombrada, y haciendo diferentes demostraciones.)*

ESCENA XIX.

Los mismos, Polder, y despues Isela y Catalina.

(Polder sale como cayendose y se sienta en un banco en la estremidad del lado izquierdo, pálido y abatido.)

Pold. Pueblo, magistrados, la voluntad del cielo es mas poderosa que las leyes humanas. Jamas fui verdugo, ni puedo serlo en mi vida.... Müller, lo veis? *(Enseña el brazo cubierto de sangre y sin mano por habersela cortado por la muñeca. El pueblo da un grito horrorizado)*
Polder se desmaya, y está un momento sin sentido.)

Conde. O virtud sublime! A costa de su propia sangre.....

Pold. (con voz débil.) Amigos, hice un recurso al Estamento... Dirman debia traer la resolucion del sobe-

rano..... pero el tiempo estrechaba y no ha venido. Ahora por fin estoy libre..... y espero el perdon de Federico antes que pueda llegar otro verdugo, que Müller mandará venir á toda prisa. (*Murmullo de indignacion entre el pueblo.*) Nada descubris á la parte del rio?

Pop. Voy à verlo.

Pueblo. Si, si. (*Isela y Catalina llegan por la derecha y se arrojan hácia Polder.*)

Isela. Padre!

Catal. Amo querido!

Pop. (*desde fuera á la derecha.*) Mirad, mirad. Allí viene corriendo un hombre que parece Dirman..... No le veis? No le veis? (*Agolpandose todos al lado izquierdo. Dirman sale á todo correr, atravesando por entre la multitud, y tirando en tierra los patines que trae en la mano, entrega una carta al Conde.*)

Pop. El es! él es! (*Ahora es cuando sale Dirman.*) Acà estoy ya, señor mio! Perdonad, pues por mas que he hecho no me ha sido posible llegar mas pronto.

Conde. (*abriendo la carta.*) Silencio! oid todos la voluntad del Estatouder. (*Quitandose el sombrero.*) “Concede la gracia de Federico de Estéven.”

Pueblo. Viva nuestro soberano!

Pop. Santo Dios! Sea glorificada vuestra gran misericordia!

Pop. (*saliendo por la izquierda.*) O padre mio!

Conde. (*leyendo.*) Pólder es dueño de dejar la Holanda y de seguir tomando el nombre de Vanrich.

Pueblo. El mal es para nosotros.

Pop. (*con espresion muy dolorosa.*) O Patria mia!

Pop. Yo os seguiré, amado padre.

Pop. Hija! Llegaré à verte feliz!

Isela. Que habeis hecho, padre mio? O Dios!

Pop. Conservar mis manos puras, y no empañar con mi afrenta tus virtudes.

